

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller

Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería
manuel.pozooller@diocesisalmeria.es;
y redaccion@carlosdefoucauld.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería
maikaps73@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Josep Valls: jvalls@tinet.cat;
y administracion@carlosdefoucauld.es

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es
Hta. Josefa Falgueras: germanetes3@hotmail.com
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Ana M^a Ramos Campos,
Antonio Rodríguez Carmona, Josep Vidal Taléns

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael
04230 – Huércal de Almería (Almería) - Tº. 950.141 515
c.e: administracion@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Háganos llegar este impreso a: COMUNITAT DE JESÚS.
Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona
o bien a c.e.: administraci3n@carlosdefoucauld.es

MODO DE ENVIAR MI COLABORACI3N ECON3MICA

Residentes en Espa1a: Donativo anual, 20 €

A) **Opci3n preferente:** suscripci3n con domiciliaci3n bancaria:

DATOS PERSONALES	
Nombre y Apellidos.....	
Direcci3n N° Piso Puerta	
C3digo Postal Poblaci3n Provincia	
DATOS DE LA CUENTA	
Nombre de la Entidad Bancaria.....	
CODIGO INBAN: (24 DIGITOS) ES __, ____, ____, ____, ____, ____	
Nombre del titular de la Cuenta	
Autorizo a la administraci3n de la “Asociaci3n Familia Carlos de Foucauld en Espa1a” para domiciliar mi aportaci3n anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba	
Fecha:	Firma:

B) **La opci3n alternativa:** suscripci3n por transferencia bancaria a: Asociaci3n Familia Carlos de Foucauld en Espa1a. Boletín “Iesus Caritas”», entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278.

Residentes en otros pa1ses: Donativo anual, 25 €

Como 3nica opci3n transferencia bancaria a “Asociaci3n Familia Carlos de Foucauld en Espa1a. Boletín “Iesus Caritas”, entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (C3digo Internacional de Identificaci3n Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX - Divisa: Euros.

El Boletín en formato papel se sufraga gracias a los donativos y colaboraciones econ3micas de sus lectores y amigos.

Editorial

“LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO”

Después del primer documento del papa Francisco sobre *La luz de la fe*, proveniente de un texto de Benedicto XVI, se esperaba esta Exhortación Apostólica, *La alegría del Evangelio*, que recoge brevemente -solo 28 de las 58 proposiciones sinodales- el Sínodo sobre *La nueva evangelización* (octubre de 2012) y que se convierte en su primer documento programático. Su contenido y el tono lo hacen excepcional, ya que en la larga historia de la Iglesia representan una total novedad sobre los documentos papales habituales, más aún cuando observa que sobre su temática «no es conveniente que el Papa reemplace a los episcopados locales», y por esto afirma que «percibe la necesidad de avanzar en una saludable “descentralización”» (núm. 16).

Uno de los puntos más nuevos es «una conversión pastoral y misionera» de la Iglesia que lleva a una «pastoral en conversión»: aquí radica la «impostergable renovación eclesial», que se describe con un realismo no habitual en estos documentos (núms. 25-33); y, como segundo punto, se afronta con precisión teológica la cuestión de la jerarquía de verdades (núms. 34-39), que no se respeta cuando, según el papa, «se habla más de la ley que de la gracia, más de la Iglesia que de Jesucristo, más del Papa que de la Palabra de Dios». Por esto, se afirma que la Iglesia es «una madre de corazón abierto» (núms. 46-49).

Extremadamente cercanos son los capítulos siguientes: la sugerencia sobre «la crisis del compromiso comunitario» (c. II); el nuclear sobre el «anuncio del evangelio» (c. III), donde incluye una parte muy realista sobre la homilía (núms. 135-144); el brillante sobre «la dimensión social» (c. IV), y la conclusión, «Evangelizadores con Espíritu» (c. V). Estamos, pues, ante un documento excepcional, que pone en estado de misión a toda la Iglesia.

Por esto, a nivel institucional, propone de forma nueva: una descentralización de las competencias de Roma a las Iglesias locales, que haga posible un nuevo ejercicio del primado promoviendo, a su vez, la colegialidad; la inserción de los laicos y las mujeres en lugares de decisión; una pobreza visible y una perceptible «opción»

por los pobres. Es, sin duda, un programa de largo alcance del papa Francisco que huele a Evangelio.

Nuestro Boletín no puede quedar al margen de este “huracán del Espíritu” que ha supuesto “el estilo del papa Francisco” y se ha concretado como programa en la exhortación apostólica “*Evangelii gaudium*” y por eso dedicamos este número que hemos querido subtítular con la frase evangélica que recuerda el anuncio del nacimiento de nuestro Señor a los pastores que cuidaban al raso, ¡hermoso símbolo de la situación en la que se halla el hombre de hoy en total intemperie!, y que eran pobres por su condición y oficio: “Os anuncio una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo” (Lc 2,10). **Mons. Alfonso Milián** nos recuerda que la fuente de nuestra alegría es la alegría pascual y nos dice que “no podemos llevar la buena nueva sin alegría” al tiempo que nos descubre la insondable alegría de Jesús y su fundamento en la paternidad/maternidad divina. De **Michel Lafon**, aprovechándonos de la generosidad de la editorial Ciudad Nueva, hemos tomado el capítulo II de su libro *15 días con Carlos de Foucauld* que se presenta bajo el epígrafe *Alegrarse con la alegría de Dios*.

En la sección de Testimonios y Experiencias presentamos el testimonio hermoso de **Mario Sabato**, hermano del Evangelio, que trabaja con los nómadas del circo y se presenta a sus espectadores como el payaso Sbirulín. A esta sección se añade el testimonio gozoso de una Iglesia en cambio promovido por el II Concilio del Vaticano de **Juan Alfonso Vila Blasco** a la que se acompaña dos trozos, recuerdo y homenaje de la exhortación apostólica de Pablo VI *Gaudete in Domino* sobre la alegría cristiana publicada en el año 1975.

Artículo hermoso, sugerente y profético el de la teóloga **Montse Escribano** sobre la conciliariedad en la Iglesia: gozos y esperanzas, tristezas y angustias. Acompañan en la sección Ideas y Orientaciones artículos de **Leonardo Terrazas Roncal** y el artículo recuperado del Boletín del 1964 de **Ángel Mattei**, artículo de gran actualidad a pesar de la distancia en el tiempo.

El número se cierra con la sección Páginas para la Oración con un ramillete de textos selectos de las Florecillas de san Francisco de Asís, P. Van der Meer, J. R. Flecha Andrés, Paul Claudel para terminar con dos meditaciones de Antonio Rodríguez Carmona para preparar y vivir el Jueves y Viernes Santo.

MANUEL POZO OLLER,
Director

Desde la Palabra



“La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. *Lc* 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeñitos (cf. *Lc* 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los Apóstoles «cada uno en su propia lengua» (*Hch* 2,6) en Pentecostés. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: «Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido» (*Mc* 1,38). Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos.”

ALEGRÍA PASCUAL

Estamos asistiendo al nacimiento de una nueva etapa histórica, que está coincidiendo con el inicio del tercer milenio. Todo nacimiento conlleva dolor, superado después por una inmensa alegría. “Cuando una mujer va a dar a luz, siente tristeza porque le ha llegado la hora; pero cuando el niño ha nacido, su alegría le hace olvidar el sufrimiento pasado y está contenta por haber traído un niño al mundo (...) pues lo mismo vosotros: de momento estaréis tristes; pero volveré a veros y de nuevo os alegraréis con una alegría que nadie os podrá quitar” (Jn 16, 21-22).

Ante este momento tan importante: “¿verlas venir?” o “¿arrimar el hombro?”, ¿ser “comadronas”? ¿Qué podemos aportar? La Buena Noticia: a Jesucristo y su evangelio. Su nacimiento produce alegría: “Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor” (Lc 2,10-11). El corazón que se siente habitado por la Trinidad rebosa de gozo, alegría y paz. Una alegría que forma parte connatural de su existir y que le sale por los poros de su cuerpo porque se siente querido y al mismo tiempo enviado a comunicar esa experiencia a todos.

Las comadronas (evangelizadores) del mundo en esta etapa histórica que nace no pueden ser personas tristes, pesimistas, desalentadas, impacientes o ansiosas, sino personas que rebosan alegría, la alegría de un enamorado, enamorados de Dios, dispuestas a consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo.

La alegría es una manifestación de la paz interior: sentirse amado por Dios y amar al prójimo con la fuerza del Espíritu Santo. No podemos llevar la buena nueva sin alegría. Cuando la revisión de vida o el análisis de la situación o la reflexión sobre las propuestas de acción, están marcadas por el mal humor, por la amargura, por la propuesta agria, por la ira o la tristeza, por el pensamiento absoluto, de tal modo que no queda espacio para la esperanza y confianza en Dios, no está el Espíritu de Dios actuando en este tipo de reflexiones.

Nos encontramos, a veces, con personas pesimistas, tristes, irritadas, agresivas, con crítica amarga, ocupando el papel de profetas. Esta actitud se parece bastante a la actitud del fariseo con

el publicano. El cristiano que se deja conducir por el Espíritu encuentra dentro de sí otros frutos: “El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo” (Gal 5,22), que se nos manifiestan en el olvido de nosotros mismos, en agradecer los innumerables dones que Dios nos concede a lo largo del día, en sentirnos queridos por Él, en querer a nuestros hermanos. Donde hay una persona de calidad interior el momento presente se convierte en *kairós*, escenario de salvación.

Magnífica, por acertada, la reflexión del P. Häring cuando escribe: “En un gran congreso el demonio supremo habla así a todos sus muy amados e igualmente odiados diablos para conseguir la transformación de la Iglesia en un sacramento de pesimismo. Aprended la psicología moderna: ansiedad, angustia, tristeza, es ahora la consigna. Insistid piadosamente en la observancia de todos los mandamientos, salvo los del amor y la misericordia. No toleréis el sentido del humor, porque está vinculado a la humildad y podría resultar fatal. Colocad todos los días en el despacho del Papa una larga relación de acontecimientos sombríos que sirvan de base a su información; haced lo mismo con los obispos, sacerdotes y profesores. Sed intrépidos al combinar los diversos ingredientes piadosos, siempre que incluyáis el elemento básico y potentísimo del maloliente pesimismo”¹. “El pesimismo sólo nos deja ver las espinas en los rosales, la muerte en el hombre, la carne en el amor. Alimentados de pesimismo no vivimos la vida, la sufrimos. Todo lo malo de la vida se agiganta para el pesimista y además lo bueno se hace malo precisamente porque de todo escoge su fachada negativa. El alternarse lo bueno y lo malo no basta para enfangarnos en el pesimismo”².

El secreto de la insondable alegría de Jesús

Si Jesús irradia paz, seguridad, alegría, disponibilidad, es por el amor inefable con que se sabe amado por el Padre: “Tu eres mi hijo amado, mi predilecto”. Jesús tiene un conocimiento, exhaustivo, un conocimiento que es amor: “El Padre me conoce y yo conozco al Padre” (Jn 10,15). Para Jesús hacer la voluntad del Padre es su alimento. Hay tal relación que: “Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo

¹ BERNHARD HÄRING, *Rebosad en la esperanza*, Sígueme, 1973, 15-21.

² MIGUEL DELIBES, *La sombra del ciprés es alargada*, Destino, 1947.

es mío” (Jn 17,19). Entre Jesús y el Padre se da una comunicación íntima, una inhabitación recíproca, una inmanencia mutua: “Yo estoy con el Padre y el Padre está en mí” (Jn 14,10). Jesús en correspondencia tiene para con el Padre un amor sin medida: “Yo amo al Padre y procedo conforme al mandato del Padre” (Jn 14,31). Su disponibilidad filial llega hasta la donación de su vida; su confianza total en el Padre hasta la certeza de recobrarla: “Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida, bien que para recobrarla” (Jn 10,17). Jesús se alegra de ir al Padre: “deberíais alegraros de que me vaya al Padre” (Jn 14,28).

Este amor del Padre a Jesús y de Jesús al Padre es la resonancia en su conciencia de hombre del amor que él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno del Padre: “Tu me has amado antes de la creación del mundo”. Por eso “la alegría cristiana es por esencia una participación espiritual en la alegría insondable, a la vez divina y humana, del corazón de Jesucristo glorificado”³.

La alegría, que experimenta la Trinidad, Jesús nos la quiere hacer llegar a nosotros: “Yo les he revelado tu nombre para que el amor con que tu me has amado esté con ellos y yo también esté en ellos” (Jn 17,26). Esta alegría de estar dentro del amor de Dios en Cristo Jesús comienza ya aquí en la tierra. Es la alegría del Reino de Dios. Es la alegría de ser hijos de Dios en el Hijo: “mirad qué amor nos ha mostrado el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3,11-2). “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!” (Gal 4,4-7).

La alegría de los hijos de Dios es una alegría que requiere confianza total en el Padre y en el Hijo, dejándonos guiar por el Espíritu Santo. Es una alegría que tiene por fundamento no el tener, sino la donación de nosotros mismos, el dar una preferencia absoluta a las cosas del Reino. Es la profunda y exigente alegría de las bienaventuranzas: “Dichosos vosotros los pobres”. Alegría de participar en la muerte y resurrección de Cristo, por el don del Espíritu Santo. El Padre lo resucita como prueba de amor y fidelidad

³ EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DE PABLO VI, *Gaudete in Domino*, 1975, n. 2.

a su súplica: “Padre glorifica a tu Hijo” (Jn 17,1). “Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20). “No acabando ellos de creer aún de pura alegría y asombro” (Lc 24,41).

Los sufrimientos de la vida no quedan eliminados pero adquieren un nuevo sentido si lo asumimos en unión con Cristo muerto y resucitado. La alegría pascual nos la concede el Espíritu, no puede ser nuestra. Si nos dejamos guiar por el Espíritu podremos gustar la alegría espiritual más profunda que es vivir en la comunión con la Trinidad Santísima y participar de su misión para el mundo. La fe hace que la alegría pueda coexistir con el dolor: “He perdido el uso de las piernas, de los brazos, de las manos. He llegado a estar casi ciego y casi mudo. Pero no hay que tener en menos estima lo que aún me queda que es mucho mejor: siempre tengo todavía la alegría de los otros dones que Dios me ha dado, tengo sobre todo la fe”⁴.

Fundamento alegría: Dios es Padre/Madre

“Ahora que sabes que Dios es tu Padre, ¿de qué alegría no serás colmado?” (Epístola a Diogneto)⁵. Esta experiencia mística nos lleva a mirar y querer al mundo nuevo que nace con el cariño y la ternura de Dios, gozando como Jesús de Nazaret gozaba mientras estuvo con nosotros. Jesús resalta la alegría del sembrador, la mujer que halla un tesoro escondido, el pastor que encuentra la oveja, la mujer que halla la dracma, los invitados al banquete, la alegría de las bodas, el padre que recibe al hijo pródigo, la mujer que acaba de dar a luz, la conversión de Zaqueo, la generosidad de la viuda... Sobre todo se siente inundado por una gran alegría cuando comprueba que los más pequeños tienen acceso a la revelación del Reino, cosa que queda escondida a los sabios y prudentes (Lc 10,21).

MONS. ALFONSO MILIÁN,
Obispo de Basbastro-Monzón

Extracto de las hojas de seguimiento de una de las charlas
del retiro anual a la Fraternidad Sacerdotal Española.

⁴ GIOVANNI PAPINI, *La felicidad del infeliz*, Excélicer, 1957.

⁵ Cf. JOHANNES QUASTEN, *Patrología I*. Biblioteca de Autores Cristianos, 2004; DANIEL RUIZ BUENO, *Padres apostólicos*. Biblioteca de Autores Cristianos, 1979; RAMÓN TREVIJANO, *Patrología*. Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.

En las huellas del Hermano Carlos



“Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante”.

ALEGRARNOS DE LA FELICIDAD DE DIOS

“Dios mío, tú nos presentas un ancla a la que podemos atar nuestra alegría, y atarla de tal modo que nada nos la pueda arrebatarnos: esta ancla es la alegría de tu felicidad. Por malo, miserable, ingrato, frío y sin amor que yo sea [...], tú eres eternamente feliz; eres feliz, y eso es todo lo que me hace falta. Eres feliz, así que soy bienaventurado. Eres feliz, así que no me falta nada. Eres feliz, Dios mío, y me siento contento”¹.

“Pensemos en nuestras faltas para lamentarlas amargamente y humillarnos por ellas... [...] El amor a Dios sufre de ver a la divinidad ofendida, pero luego recuerda que Dios es Dios, que es infinitamente feliz [...] Podrá recordar más tarde esta ofensa para seguir arrepintiéndose, pero recordarla en la oración...sin turbación, con plena posesión de uno mismo... Ya no será un dolor que agita el alma todo el día. Este dolor inquieto y desordenado proviene del amor por uno mismo y del orgullo, que no se resigna a haber faltado. La pesadumbre serena, tranquila, que sufre pero se reafirma en la idea de la perfección y de la felicidad de Dios y que pone en ello toda su alegría... esa pesadumbre procede del amor a Dios”².

“Cuando nos sentimos tristes, defraudados por nosotros mismos, por los demás y por las cosas, pensemos que Jesús es glorioso, que está sentado a la derecha del Padre, bienaventurado por siempre, y que si lo amamos como debemos, la suma felicidad del ser infinito debe arrasarse infinitamente en nuestras almas sobre la tristeza que procede de los males de los seres finitos y que, en consecuencia, ante la visión de la felicidad de nuestro Dios, nuestra alma debe entrar en el júbilo y las penas que la angustian deben desaparecer como las nubes ante el sol”³.

Señor Jesús, cae la noche cuando dejas el Cenáculo con tus apóstoles. Judas se adelanta. Se aproxima el drama, y en este momento tus palabras adquieren inevitablemente el tono de un testamento. Entonces nos hablas de amor, pero también de alegría: «Permaneced en mi amor... Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15, 9.11).

¹ *Qui peut résister à Dieu*, 112

² *Ibid.*, 40-141

³ *La dernière place*, 79-80

Estás tan cerca de tu agonía, Señor, y nos hablas de alegría! ¿Cómo podemos ser felices en la hora de la cruz? ¿Cómo conciliar la cruz y la alegría?

Superponiéndose a tu rostro veo el de mi amigo Joseph sentado en su cama, con una jofaina en las rodillas llena de esputos rojizos. Instintivamente me recuerda cuando sudaste sangre. Mientras estamos inmersos en la angustia, él, entre dos hemoptisis, sonríe y bromea. Aunque se ahoga, aunque sufre por los suyos, su cara lívida está transfigurada. En ese instante la luz de sus ojos refleja la alegría de su Señor.

Cuando me obsesiono por una serie de preocupaciones o cuando mi sensibilidad se siente herida por una disputa reciente, cuando estoy enfermo o desanimado, ¿cómo puedo alegrarme por una felicidad que no siento? ¿Cómo participar de tu alegría, Señor?

Tengo que aprender humildemente a olvidarme de mí, a «desviar la atención de mí», porque es a ti a quien amo y en ti está centrado mi egoísmo, porque es a ti a quien miro: no tengo más que mirarte repitiéndome que tú eres feliz»⁴. Prendamos con alfileres esta curiosa expresión: centrar en ti mi egoísmo. ¿No es un hallazgo propio de un enamorado?

Pero hay que admitir, Señor, que la fe es un inconveniente. Cuando las penas y las alegrías muy concretas de la vida afectan a mis sentimientos y a mi sensibilidad, no es natural que se imponga en mí en la misma medida la certeza de que Dios nos ama y la convicción de su felicidad infinita. No es fácil vivir lo que el hermano Carlos recomendaba a su hermana: “Cuando sufres, piensa en la felicidad del Corazón de Jesús, dite a ti misma que es su felicidad lo que quieres, y no la tuya, que lo amas a Él, no a ti; y en medio de tus aflicciones y de tus tristezas, de tus preocupaciones, de tus inquietudes y de tus pruebas, alégrate de su felicidad infinita e inmutable y de su inmensa paz”⁵.

¡A qué superación me llamas, Señor, para acceder a esta gratuidad, a este desinterés por mi actitud espiritual! ¡Al precio de qué desapego! ¡Alegrarme de una felicidad que sé que existe pero que no siento, alegrarme de esa felicidad sin ni siquiera pretender sentirla! ... “El amor no consiste en sentir que uno ama, sino en querer amar”⁶.

⁴ *Qui peut...* o.c., 112

⁵ *Écrits spirituels* (Publicados por René Bazin), 226-227.

⁶ *Lettres à Louis Massignon*, 205

Cuando me olvide de mí para ocuparme de ti, Señor, y de mis hermanos, me concederás tu alegría aun cuando no la haya buscado.

¿Alegrarme de la felicidad de Dios sin fijarme en mí? De acuerdo, Señor, aunque sea difícil. Pero cuando veo a mis hermanos que sufren, cuando oigo el clamor de los pobres, los gritos del dolor y de la injusticia, ¿debo cerrar los ojos y taparme los oídos?

La respuesta a esta pregunta ya la he aprendido al contemplarte, Señor. Me has dicho y me has repetido: «Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre», o bien: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,7.9). ¿Cómo te comportas ante el sufrimiento humano? Cien veces repite el Evangelio que «sientes compasión». Tus discípulos te ven lleno de lágrimas ante la tumba de Lázaro y derrochando piedad por la multitud que se acerca a ti. Con qué convicción has clamado durante siglos: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón...» (Mt 11, 28-29)! Me enseñas tu corazón, Señor, y ese corazón manifiesta el corazón de Dios. Aunque es infinitamente feliz, mi Dios no es un Dios impasible. No se encierra en su inmensa beatitud con una indiferencia trascendente. El corazón de Dios late eternamente en un pecho de hombre.

Al ver la angustia de la viuda de Naím, te sentiste consternado, Señor Jesús, y entonces resucitaste a su hijo y se lo devolviste a su madre (cf. Lc 7, 12-15). Este gesto maravilloso no estaba planeado, sino que procedía de un impulso de tu corazón, de una pura compasión.

¡Con qué fervor debo «aprender de ti», aprender de tu corazón! Es como si oyese de tu boca esta exhortación: Ved cómo me compadezco de vosotros, cómo sufro y tengo piedad, compasión de todos estos dolores, cómo suspiro con éste, cómo lloro con ese otro... Tengo compasión de sus duelos, de sus enfermedades, de sus preocupaciones, de su hambre, de su debilidad, de su ignorancia, sobre todo de sus pecados... Mi Corazón tiene una compasión profunda de todos los males del alma y del cuerpo... La compasión forma parte del amor en todo corazón mortal y de todo amor humano. Puesto que os mando el amor a todos vuestros hermanos, compadeceos de todos sus males, grandes y pequeños, sufrid con ellos de todo lo que sufren... No olvidéis nunca el deber del amor: la compasión... No olvidéis mis lágrimas y mis desvelos, y esos milagros que hacía sin que me los hubieran pedido para devolver hijos muertos a sus madres y que todos puedan decir en su última hora: «¿Quién de vosotros ha llorado sin que yo haya llorado con él?». ¡Ah, el que pueda decir esto será mil

veces bendito!⁷. ¡Que tu Corazón siempre vivo, Señor Jesús, pueda prolongar tu compasión para que irradie por medio de mí en los que me rodean!

El sufrimiento de los seres humanos provoca mi compasión. Ver el mal, la miseria o la injusticia me empuja a desvivirme por suprimirlos –el hermano Carlos luchó contra la esclavitud- y esta acción lúcida se aviene muy bien con un corazón purificado y apacible, en el que reina una alegría «que nadie os podrá quitar» (Jn 16,22). Ni siquiera el ser consciente de mis pecados y de mi mediocridad debe entristecerme: “Nos cuesta no entristecernos al ver el exceso de mal que reina por todas partes... y al verse uno mismo, tan miserable a pesar de tantas gracias... Y sin embargo, no hay que entristecerse, sino mirar más arriba de todo lo que pasa, a nuestro Amado, pues es a Él al que amamos, y no a nosotros (...) Si Él es feliz, nosotros somos felices”⁸.

Una discípula del hermano Carlos nos invita a sentir en nuestro corazón esta simultaneidad del sufrimiento y de la alegría: «La Navidad es la fiesta de la alegría. Pero no impide que algunos (de nosotros) sufran. Hay una gran diferencia entre la tristeza y el dolor. La tristeza te repliega sobre ti mismo, mientras que tenemos derecho a sufrir, incluso el día de Navidad, pensando en todos los que pasan este día en la cárcel, en medio de torturas, etc. Pero que haya de todos modos alegría en vuestro corazón [...]». Así se dirigía en 1976 a sus hijas la hermanita Magdeleine, limitándose a ilustrar esta reflexión del hermano Carlos: Cuanto más amemos, más intensos serán la alegría y el dolor, los dos crecerán a la vez”⁹. A imagen, oh Jesús, de tu Corazón de gozo y de compasión. Y entonces, tal como predijiste la noche del Jueves Santo hablando precisamente de dolor y de alegría, «aquel día no me preguntaréis nada» (Jn 16,23).

MICHEL LAFON,

15 días con Carlos de Foucauld,

Ciudad Nueva Madrid 2005, 21-27¹⁰

⁷ *Crier l'Évangile*, 59-60).

⁸ *Lettres à Mme. De Bondy*, 163-164.

⁹ *Lettres à mes frères de la Trappe*, 160.

Testimonios y Experiencias



“La Iglesia «en salida» es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad”.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DEL PP. FRANCISCO,
La alegría del Evangelio, noviembre 2013, nº
46.

EL PAYASO SBIRULÍN

Hace poco escribí un diario, pero desde hace muchísimo tiempo, mi deseo era escribir uno “sui-generis”, muy distinto, el que llevo muy adentro desde años, en mi corazón. Necesitaba expresar mis sentimientos.

No se trata de escribir sobre la vida religiosa, de la fraternidad de Ciudad Hidalgo, de los hermanos... Pretendía que fuera un diario distinto.

Es frecuente escuchar esta expresión: “no seas payaso”, cuando una persona está ridiculizando una situación. No es de este tipo de payaso el que quiero hablarles.



Quiero escribirles y hablarles del payaso, este personaje misterioso y real, alegre y triste, intrépido y tímido, ingenuo y tierno, que hace reír y hace llorar. En fin, conmueve verlo. Entra donde pocos llegan para hacer reír a pequeños y grandes, a todos, niños de cero a cien años, sorprendiéndolos con trucos, música y travesuras. Hace que todos se vuelven compañeros de risas.

No hay “tiempos” antiguos o modernos para los payasos. Nunca pasaran de moda, siempre existirán, a pesar de la constante evolución.

El payaso sabe expresarse sin pronunciar ninguna palabra, es suficiente un gesto, una sonrisa, una monería: cambia lo drástico en risas, tiene la capacidad de cambiar las situaciones, alegra a la gente sanamente, trasmite esta alegría profunda que llena los corazones. Por eso me da tristeza cuando oigo y veo algunos payasos callejeros, que hacen reír a la gente con groserías, groserías sobre el sexo. Qué pena ver cómo se rebaja el arte a vulgaridad.

He conocido payasos que han hecho historia. Tienen un traje propio y un maquillaje propio. Su personalidad y su identidad propia, como Charlie River y su hijo Juanito Rivel, Gaby, Fofó, Fofito y Miliki, famosos por sus canciones, “Había una vez un circo”, la “Gallina turuleja”... y Pompofo, Dimitri y tantos otros. Se han escrito muchos libros sobre el arte de ser payaso, pero cada uno

tiene su experiencia, sus sentimientos y su personalidad. Cada uno tiene sus habilidades y cualidades, y cada uno es único en su labor de hacer reír.

Detrás de cada payaso hay una carga enorme de humanidad que sabe regalar un aire fresco de esperanza.

El payaso nunca falta en la pista de un circo y muchos son los circos que he conocido en mi vida, circos pequeños y circos grandes, circos desconocidos y circos de renombre.

Recuerdo a mi madre. Cuando éramos pequeños, se disfrazaba para hacernos reír, creo que de ahí heredé el gusto de hacer monerías y me di cuenta que a mí también me gustaba hacer reír.

Desde entonces, muchos han sido los lugares donde he actuado, países donde he vivido o estuve de paso. Muchos los escenarios: escuelas, iglesias, plazas, hospitales, canchas deportivas, centros comunitarios. Muchas las anécdotas: en una aldea de campo en Nicaragua hice magia con un billete de diez córdobas prestado a un campesino, al final del show, tuve que correr y esconderme porque el campesino quería el dinero de la magia, multiplicado gracias a su billete. Muchas son las experiencias de esta misión de llevar la risa a los demás.

Con un fondo de música de circo, el locutor presenta a Mario así: “Señoras y señores, queridas niñas y queridos niños, baja el telón de la alegría. La magia se convierte en sonrisa, el misterio en ojos abiertos, el amor en inteligencia, los sueños en realidad.

Entre luces y colores, música y danza, júbilo y palmas, el mundo del espectáculo, abre sus puertas al encanto de la risa y la magia, es un momento mágico, un canto al arte. “Y ahora con ustedes Sbirulín”.

Soy el hermanito Mario y soy el payaso Sbirulín, ser hermano y ser “payaso” me fascina, me entusiasma, me llena, me plenifica, es mi vida.

En este mundo de ilusión, en esta explosión de colores, en estos sueños encantadores, me siento feliz de poderme llenar de alegría y de esperanza y poderlas transmitir a los demás. Me siento libre cuando actúo, toda mi timidez, aunque hay hermanos que no creen que soy tímido, desaparece. Mi preocupación es hacer reír a la gente, tener esta “chispa” mágica de la diversión, para salir de paso

en cualquier ocasión, y aprovechar las respuestas del público para seguir el diálogo y la risa, improvisar continuamente sin interrumpir “el filing” creado, no dejar perder ningún gesto, ninguna palabra, ninguna ocasión, que puedan suscitar risas. Busco captar siempre la atención de los pequeños y de los grandes, los invito a participar conmigo en un show, a ser interactivos, romper en el adulto el individualismo, el egoísmo, hacer confrontación con el público. Muchas veces es difícilísimo hacer participar en el show a un adulto, entonces hay que ironizar con los gestos y romper esta corteza del miedo y cariñosamente, tomando de la mano a la persona, o abrazándola, trasladarla al centro de la pista e interactuar.

Los niños participan más fácilmente, sobretodo si la invitación está acompañada de un dulce. El niño es un payaso en potencia, le gusta formar parte de esta ilusión. Con ellos me muestro tierno y divertido, no hay que provocarles miedo.

Cuando he actuado solo para niños, he procurado maquillarme delante de ellos precisamente para que pierdan el miedo al rostro maquillado. La nariz roja hace del payaso un personaje siempre reconocido y de verdad tiene un gran efecto.

En el circo el payaso repite en todas las funciones y todos los días el mismo show. Yo cada año debo inventar, readaptar o copiar de otros payasos, los shows y esto supone comprar mucho material. Mi cuarto está lleno de maletas y en el Centro Comunitario de Los Pozos hay un gran estante que ha hecho Giorgio, que está casi repleto.

Todo este material que se acumula, me hace recordar nuestra inserción en el circo Price-Americano y lo que escribí en un diario en aquellos tiempos: “nos han enviado al terreno donde están las bodegas del circo... había allí centenares de otras cosas más, como recuerdo de tiempos pasados”. Releyendo los diarios de enero 1976 y febrero 1977, me he conmovido.

El circo llenó mi vida de alegría, de ilusión, de magia. No lo puedo olvidar porque es mágico, es algo maravilloso. Como los niños nunca olvidan el paso de un circo por su pueblo también yo no olvido el circo en mi vida.

Estoy enseñando a unos niños/as, el arte de ser payaso. Hay una niña que de verdad tiene “chispa”, este espíritu nato de hacer reír. Hay cosas que se aprenden y otras que son innatas. Con estos niños hago muchos números de payaso: el pordiosero, el director de

orquesta, el torero, el púgil, el enamorado, el coma-beba, el payaso mago, el doctor...

En todos estos shows busco la ironía el humor necesario y la risa de nuestra realidad de la vida, de todo lo que supone la torpeza de nuestra vida.

Antes de cualquier espectáculo me encomiendo a Dios para que todo salga bien, para que la gente se sienta bien, para que lo que hago y las risas que arranco, sean alegría y gozo.

A pesar de las monerías, bromas, risas y payasadas, siento que vivo un momento de oración, algo místico, no es fácil explicar lo que percibo y vivo en las profundidades de mi mismo. Cuantas veces esta misma intensidad la vivo en la adoración o frente a la inmensidad del mar o cuando pintaba sobre un andamio. Sé que es oración. Para mí no cabe duda, es un momento de armonía interior, es un momento mágico y es un momento contemplativo mi aparición delante del público. Siento que mi actuación es un himno al amor que se hace



sonrisa para mi mismo, para los demás y para Dios. Sí, es posible sentirse en plenitud con Dios mientras actúas; sí, es posible orar haciendo payasadas; sí, es posible la contemplación mirando a las criaturas de Dios delante de ti; sí, es posible orar y contemplar en las vestimentas coloradas del payaso y con una cara pintada, sí, es posible la comunión con todo lo que te rodea. No hace falta la capilla o la iglesia para vivir de Dios y con Dios, estoy muy convencido. “Me acercaré a Dios, a Dios que es mi alegría, (Sal 43) “Servite Domino in letitia”.

Cuando hice los votos perpetuos en Bojo colgamos un trapecio y pintamos una gran cara de payaso para recordar mi consagración para el servicio al mundo de los nómadas, en particular para la gente del circo.

Hay una canción que me gusta mucho y que muchas veces canto en mi soledad:

Era Bruno (Mario) un payaso,
un payaso feliz

no tenía malicia,
ni sabía mentir,
le gustaba la luna de las noches de abril
y su único trabajo era de hacer reír.

La gente le decía: ¡encuétrate!
Tu tienes otra vida ¡encuétrate!

Bruno (Mario) pensaba ¿por qué Señor?
¿Cuál es mi vida? ¿Qué seré yo?

Sucedió que una noche,
una noche de abril,
se quitó el maquillaje y no quiso salir,
se lanzó en la vida en busca de otro yo,
y dicen que hubo un circo que nunca más rió.

Si la gente te dice encuéntrate,
tú tienes otra vida, encuéntrate,
recuerda un circo tiempo atrás
por un payaso, no rió más.

“Llevo sangre de circo en mis venas, pude haber sido payaso o trapecista, soy sacerdote para llevar a los hombres un mensaje de alegría, de paz y de amor”, así se expresó el padre Jesús Silva, que abandonó sus aspiraciones artísticas y fue fundador en Orense (España) de la “Ciudad de los Muchachos” y la escuela de circo.

Si me preguntan cuáles han sido los sueños e ilusiones del pasado, mi respuesta era frecuentar una escuela de circo, me ilusionaba la de Moscú. Si me preguntan cuáles son los sueños e ilusiones del presente, entre otras cosas diría, seguir en el circo y probablemente ser capellán. La hermanita Magdalena solía repetir cuando se refería a las hermanitas en la intuición del primero deseo de inserción: “el primer amor no se olvida”. El mío ha sido pertenecer a los nómadas, en particular, al circo.

“La vida es una obra de teatro que no permite ensayos... por eso, canta, ríe, baila, llora y vive intensamente cada momento de tu vida... antes que el telón baje y la obra termine sin aplausos”. (Charlie Chaplin).

Un abrazo con aplausos Mario -Sbirulín-

MARIO SABATO

“ENVIADO PARA ANUNCIAR EL EVANGELIO DE LA ALEGRÍA A LOS POBRES” (Cf. Lc 4, 18-19) HIJO DE LA IGLESIA DEL VATICANO II

Yo tenía 19 años cuando se clausuró el Concilio Vaticano II. Estaba acabando los estudios de filosofía e iba a comenzar los de teología en el Seminario de Valencia.

Las Constituciones, Decretos y Mensajes del Concilio y el clima de renovación que se respiraba en la Iglesia, los recibí no solo como un sólido cuerpo doctrinal, sino como una manifestación viva de la acción del Espíritu Santo en ese momento de su historia a través del encuentro, deliberaciones y vida de los Padres Conciliares y de lo que éstas suponían en la vida de la Iglesia y del mundo dadas a conocer por los medios de comunicación.

Humildemente creo que, como muchísimos cristianos, yo también viví la experiencia de un nuevo Pentecostés. Y es verdad que cuando el Espíritu Santo actúa, la marca que produce es indeleble.

Es como si te grabaran a fuego unas convicciones que te embriagan, que liberan, dan fuerza, seguridad, alegría, sentido, plenitud... son verdades que orientan la vida y que te llevan a tomar decisiones no previstas pero que en conciencia las consideras como el camino por el que Dios te quiere llevar.

Así, como otros muchos también, hice la opción de compartir la casa con otros, en comunidad, como familia, con características diferentes según las circunstancias y el momento.

Esta vivencia fraternal la compartí con sacerdotes, laicos y laicas, vagabundos, enfermos mentales, delincuentes, emigrantes, menores en acogida, madres solteras con sus criaturas, jóvenes estudiantes, personas mayores... con algunos largas temporadas, con otros años.

La verdad es que convivir no es fácil, pero resulta extraordinariamente enriquecedor. Te ayuda a conocer la fragilidad y la fuerza propia y ajena. Sobre todo lo grande que es querer y ser querido.

Tienes conciencia de formar parte de la gran familia de Dios. Le vives como un Padre querido y te amplía la familia incesantemente con hermanos y hermanas de lo más variopinto.

Yo, como otros, me sentí empujado a compartir las condiciones de trabajo y de vida con gente humilde, con la persuasión de que ese era un ámbito privilegiado para encontrarme con el Señor y que ahí estaría en mejores condiciones para caminar junto a Él y vivir sus Bienaventuranzas.

Y, en efecto, (aunque he de confesar que inicialmente con miedo y vergüenza) eso es lo que experimenté los quince años que estuve trabajando como barrendero conduciendo un camión en el turno de noche en una gran empresa de servicios de jardinería, limpieza pública y recogida de basura.

Eso es lo que viví también cuando después acepté con agradecimiento el nombramiento de párroco de un conocido barrio marginal en el que ejercí el ministerio durante siete felices años, en los que asistí al nacimiento y consolidación de una extraordinaria comunidad cristiana.

Por eso en las parroquias urbanas o rurales donde me destinaron, procuré establecer vínculos estrechos con personas humildes y marginadas.

Me sentí también en la obligación de colaborar activamente en el arriesgado empeño en pro del advenimiento de la democracia.

San Pablo nos enseña que el Cuerpo de Cristo, como el cuerpo humano, está formado por muchos miembros que ejercen multiplicidad de funciones, todas ellas importantes para el conjunto.

A mí el Concilio Vaticano II me ubicó dentro de la Iglesia, en la tarea pastoral, entre compañeros sacerdotes, auténticos hermanos, algunos secularizados, decisivos en mi vivencia de la fe, así como la Fraternidad Secular Carlos de Foucauld, las Hermanitas del Evangelio, las Adoratrices, las Religiosas de Clausura Franciscanas y Dominicas, las Comunidades Cristianas Populares y las Comunidades Parroquiales a las que he servido. En todos y cada uno de estos ámbitos he encontrado la presencia viva de Jesucristo.

A los 50 años de la celebración del Concilio no ceso de dar gracias a Dios por lo que este don del Espíritu ha supuesto para toda la Iglesia y para mi vida personal.

LA ALEGRÍA CRISTIANA

“La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tienen otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos. Esto llega a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar. ¿Será que nos sentimos impotentes para dominar el progreso industrial y planificar la sociedad de una manera humana? ¿Será que el porvenir aparece demasiado incierto y la vida humana demasiado amenazada? ¿O no se trata más bien de soledad, de sed de amor y de compañía no satisfecha, de un vacío mal definido? Por el contrario, en muchas regiones, y a veces bien cerca de nosotros, el cúmulo de sufrimientos físicos y morales se hace oprimente: ¡tantos hambrientos, tantas víctimas de combates estériles, tantos desplazados! Estas miserias no son quizá más graves que las del pasado, pero toman una dimensión planetaria; son mejor conocidas, al ser difundidas por los medios de comunicación social, al menos tanto cuanto las experiencias de felicidad; ellas abruman las conciencias, sin que con frecuencia pueda verse una solución humana adecuada”¹.

“Sería también necesario un esfuerzo paciente para aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente, ha sido a partir de éstas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielos”².

¹ EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DE PABLO VI, *Gaudete in Domino* sobre la alegría cristiana, 1975, 8.

² *Ibid.*, 12

Ideas y Orientaciones



“La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. *Jn* 16,22). Los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer [...]

En ese sentido, podemos volver a escuchar las palabras del beato Juan XXIII en aquella admirable jornada del 11 de octubre de 1962: «Llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina [...] Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas».

LA CONCILIARIEDAD EN LA IGLESIA: GOZOS Y ESPERANZAS, TRISTEZAS Y ANGUSTIAS

Las celebraciones nos permiten recordar al menos dos cosas. Por un lado, la importancia que tuvo un determinado acontecimiento y por otra, valorar también aquello que acaeció viendo los *efectos* que provocó hasta nuestros días. Éstas son algunas de las posibilidades que nos ofrece hoy el aniversario del Concilio Ecuménico Vaticano II.

Todo comenzó porque hubo un papa, que tras ser elegido, no esperó mucho tiempo y en tan solo tres meses anunció, en un sencillo *discursetto* frente a los cardenales de la iglesia, que iba a inaugurar un Concilio. La sorpresa fue mayúscula. Su nombre era Angelo Guiseppe Roncalli y desde su nombramiento decidió soñar otra realidad para la Iglesia. Era un hombre confiado y que miraba con respeto la vida. Desde sus ventanas pontificias podía observar la ciudad de Roma. Un día, según dicen, le llamaron la atención las personas que iban de arriba abajo, pensó en sus alegrías y esperanzas, y en la necesidad que aquellos hombres y mujeres tenían de escuchar palabras luminosas. Entonces sintió una profunda compasión por todos ellos. Esto le hizo entender la urgencia por los cambios y decidió, aquella tarde, dejar las ventanas abiertas no sólo para que entrara el *ponentino*, que de vez en cuando acariciaba la ciudad, si no para que lo hiciera el viento arrasador del Espíritu Santo que renueva todo cuanto existe.

Aquel papa Juan XXIII habló de luz, de reformas, de misericordia, de diálogo y recordó que la Iglesia entera había de volver su mirada hacia Jesús de Nazaret para renovar sus energías, orientar su existencia y así ser buena noticia para el mundo entero. Su intención era clara: quería un concilio pastoral y ecuménico. Para poder hacerlo realidad fueron invitados todos los cardenales, patriarcas, arzobispos, alrededor de 2.450 obispos, superiores mayores de las congregaciones religiosas masculinas más numerosas, algunos teólogos que actuaron de peritos y por primera vez en la historia, representantes de otras confesiones religiosas e iglesias cristianas, a los que ahora ya no se miraba como condenados, sino como hermanos. Poco a poco, este acontecimiento eclesial fue madurando, desplegándose y haciéndose realidad. El teólogo dominico Yves Congar señaló que: “En unas cuantas semanas, Juan XXIII y después el Concilio crearon un nuevo clima eclesial. La

principal apertura había venido de arriba. De pronto, las fuerzas renovadoras, que apenas podían manifestarse abiertamente, podían desarrollarse libremente”¹. Durante esos años, la iglesia católica se convirtió, por vez primera, en foco de noticias que hablaban de cambios, novedades, incertidumbres y posibilidades, no solo para los y las católicas sino para el mundo entero.

Sin embargo, el *gozo* y la *esperanza* provocados por la pluralidad teológica presente en cada una de las sesiones conciliares no reflejaba la diversidad que existía fuera de los muros de la Basílica de san Pedro. Asociaciones de mujeres europeas y grupos internacionales de católicas², como la Unión Mundial de Organizaciones femeninas (UMOF) representada por la española Pilar Bellosillo, habían escrito ya al papa denunciando la ausencia de las mujeres. Se alzaron voces también dentro del aula reclamando su necesaria presencia, como las de Bernard Häring y la de Leo Suenens que dijo: “Media humanidad permanece aún ausente del aula conciliar”.

Finalmente fue el papa Pablo VI quien en la tercera sesión permitió la asistencia de unas pocas mujeres, invitándolas como *auditoras*, a pesar de las muchas resistencias de algunos varones ordenados. Durante el tiempo que duró el Concilio, unas veintitrés mujeres trabajaron de un modo intenso junto a otras que no habían sido invitadas y con las que compartieron espacios de reflexión³. Llama la atención que ya durante estos años reclamaran un cambio de visión de cara a la inclusión de las aportaciones y reflexiones de las mujeres. Así, en 1965, un grupo de teólogas y abogadas pertenecientes a la Asociación Internacional «Santa Juana de Arco», entre las que estaba Gertrud Heinzelmann, editaron el libro-manifiesto *Wir schweigen nicht länger!* [No callaremos más!]: “Si [...] el bautismo habilita al hombre para recibir los siete sacramentos, y a la mujer para recibir únicamente seis, entonces el

¹ YVES CONGAR, *Verdaderas y falsas reformas en la Iglesia*. Madrid 1973, 3.

² Una de las primeras asociaciones fue Alianza Internacional «Santa Juana de Arco» que, encabezadas por la abogada feminista suiza Gertrud Heinzelmann (1914-1999), dirigieron públicamente, en 1962, un texto a la comisión preparatoria conciliar *Frau und Konzil: Hoffnung und Erwartung* [Mujer y el Concilio: espera y esperanzas] en el que se pedía, entre otras cosas, un cambio en la doctrina católica acerca de la prohibición de las mujeres en la participación de los ministerios del diaconado y el sacerdocio. Ver: en GERTRUDE HEINZELMANN, *We Are Silent No Longer: Women Express Themselves About The Second Vatican Council*. Interfeminas-Verlag, Zurich 1964.

³ Entre estas mujeres estaban también Rosemary Lauer, Mary Daly y Eleanor Schoen. Ver: MARY A. KASSIAN, *The Feminist Gospel. The Movement to Unite Feminism with the Church*. Crossway Books, Wheaton 1992, 27.

bautismo no obra con la misma eficacia a la hora de hacer al hombre y a la mujer miembros de la iglesia. Si a la mujer, de hecho, le está prohibida la recepción de un sacramento, eso significa tanto un recorte de los derechos eclesiales como una merma en lo que se refiere al estatuto de los miembros de la iglesia. Resulta además, por lo que concierne al estado laical, que los derechos de los hombres y de las mujeres no son equivalentes, por cuanto que aquéllos tienen la posibilidad de recibir la ordenación sacerdotal, mientras que éstas siguen estando excluidas de tal posibilidad”.

Las *auditoras* presentes en el Concilio eran superiores mayores de congregaciones religiosas europeas y norteamericanas, como Mary Luke Tobin; otras, mujeres con una fuerte preparación intelectual, como Marie-Louise Monnet, presidenta de la Juventud Independiente Católica (JIC) y de la Asamblea General de los Medios Sociales Independientes; e incluso, alguna era una mujer casada, como Luz María Longoria de Álvarez Icaza, invitada por ser la presidenta de una asociación católica latinoamericana de matrimonio y familia. Estas mujeres llegaron al Concilio con una amplia preparación. Para ello, preguntaron y elaboraron muchas encuestas para saber cuáles eran las cuestiones más importantes para los creyentes. A su llegada al Vaticano habían viajado ya por muchos más países y se habían entrevistado con muchas más personas y asociaciones de lo que lo habían hecho la mayoría de cardenales y obispos presentes.

A pesar de no tener ni voz ni voto lograron reunir y defender con fuerza muchas de las inquietudes sociales y eclesiales de su época que se traducían en temas como: el matrimonio, el uso de los anticonceptivos, el divorcio, su presencia en la liturgia y en los Medios de Comunicación, la espiritualidad vivida en familia, o su relación con otras confesiones. Las auditoras eran tan solo un 1%, en medio de un Concilio Ecuménico que mantuvo siempre sus reservas con respecto a su presencia. Pilar Bellosillo señala que: “Recuerdo que, en una de las subcomisiones del Esquema XIII en la que participábamos, me llamaba mucho la atención que, cuando se hablaba de la persona humana, se añadían algunos comentarios sobre la mujer, a la que se comparaba con las flores y los rayos del sol... Pedí la palabra para mostrar mi extrañeza, porque ello ponía

de manifiesto que se identificaba al hombre varón con la persona humana, pero no a la mujer”⁴.

Sin embargo, la presencia de estas mujeres permitió abrir cauces y posibilidades nuevas que hasta el momento le habían estado vetadas. Uno de estos cambios iniciales fue, según María Salas Larrazabal, que: “La presencia y la participación de las auditoras en las comisiones contribuyó a salvar un escollo que presentaban algunos textos preparatorios, imbuidos del tradicional estilo eclesiástico, condescendiente y paternalista. [...] El esfuerzo de las auditoras más activas logró eliminar aquellas expresiones, haciendo que no se diferenciara el caso de la mujer en ningún planteamiento. En general se sustituyó la expresión «hombre» por la de «ser humano» para que no hubiera equívocos”⁵.

Aún hoy estos “escollos” no han sido totalmente superados y las traducciones de los textos eclesiales continúan sin utilizar un lenguaje inclusivo. Tampoco se ha celebrado un reconocimiento a estas mujeres por la gran tarea desempeñada durante aquellos años⁶, y rastrear, en la actualidad su memoria a través de los documentos oficiales conciliares sigue siendo una tarea complicada ya que muchos de sus aportes, palabras y reflexiones no fueron recogidas en las Actas.

Pero tal como dije al principio, recordar este hecho histórico nos permite, además de recrear aquellos *gozos y tristezas*⁷, también caer en la cuenta de los *efectos* que ha provocado y que sin duda han sido muchos y fecundos. Entre otros, el giro copernicano que provocó el Concilio supuso que el horizonte eclesial se ensanchara algo más para las mujeres. Muchas tomaron conciencia de sus responsabilidades eclesiales, reclamaron una formación sólida para su fe y acudieron a las facultades y universidades teológicas. En poco tiempo, su tarea comenzó a dar fruto y hoy podemos afirmar que su

⁴ MARÍA SALAS, *De la promoción de la mujer a la teología feminista*. Sal Terrae, Santander 1993, 90-91.

⁵ *Ibid.*, p. 92. Cit. en: CARMEN BERNABÉ, PILAR DE MIGUEL, TRINIDAD LEÓN MARTÍN Y LUCÍA RAMÓN, *La mujer en la teología actual*. Idatz, San Sebastián 2002, n. 40, 147.

⁶ Tenemos algunos libros que narran las experiencias de estas mujeres en el Concilio como los de: CARMEL MCENROY, *Guests in their Own House: The Women of Vatican II* (New York: Wipf and Stock, 2011 y ADRIANA VALERIO, *Madri del Concilio. Ventitré donne al Vaticano II*. Carrocci, Roma 2012.

⁷ Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 1: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”.

aportación teológica ha cambiado significativamente la perspectiva de todas las disciplinas⁸.

Tras el Concilio, las teologías feministas liberadoras movilizaron algunos ejes sobre los que tradicionalmente se apoyaba la fe de los creyentes. Su reflexión teológica ayudó a que la iglesia centrara su mirada en un dios trinitario, abandonara antiguas devociones y se fijara en el Cristo encarnado, mirando el mundo compasivamente. A partir de ese momento han cambiado algunos lenguajes y perspectivas, pero sobre todo, algunas comprensiones antropológicas, que se han vuelto ahora más luminosas. Se han desvelado lecturas interpretativas parciales y sesgadas de los textos bíblicos sobre los cuales se construyeron identidades subordinadas. También se ha señalado que ciertos lenguajes teológicos –como amo, señor o rey–, que sustentan interpretaciones de la realidad, sostienen políticas neoliberales que destruyen a la humanidad. A partir de entonces, se reconoció la *historia*, la *experiencia* y el *contexto* de cualquier ser humano como el lugar deseado para que se realicen los sueños y las utopías divinas.

Pero este acontecimiento eclesial nos recordó también que la historia de la Iglesia no puede leerse solamente a partir de este último Concilio. Existe toda una corriente que atraviesa su historia entera y que podemos llamar, *conciliariedad*. Este término nos permite descubrir que pertenecemos a una larga tradición en la que personas, instituciones y concilios han ido tejiendo múltiples historias de encuentro y desencuentro entre la divinidad y la humanidad. Se trata de una clave que puede transformar nuestra mirada haciéndola más amplia y abierta. La conciliariedad nos recuerda la necesidad constante de poner en marcha algunas herramientas profundamente humanas como son el diálogo, el encuentro con lo diverso, la búsqueda de los “signos de los tiempos”; y que, irremediablemente, nos llevan a entender que nuestro *lugar* es estar cerca de las personas desfavorecidas y de todas las debilidades. Así, el Dios trinitario, a través de su Espíritu, nos recordará que “lo único realista es la esperanza”, como dice Jürgen Moltmann.

MONTSE ESCRIBANO, teóloga
Valencia, mayo de 2013.

⁸ En 2012 hubo un importante Congreso Internacional en Roma para conmemorar la tarea de las teólogas y en él se rindió homenaje a las *auditoras* del Concilio, ver: MONTSE ESCRIBANO “Tantum Aurora est. Congreso de Teólogas en Roma a los 50 años del inicio del Vaticano II”, *Iglesia Viva* (2012) n. 252, 111-115.

EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU. ESCUELA DE LA ALEGRÍA

El Papa Francisco nos ha regalado recientemente la exhortación apostólica “la alegría del Evangelio”. Ofrezco para nuestra reflexión y oración una síntesis del cap. V que lleva por título “Evangelizadores con Espíritu”.

“Cuando se dice que algo tiene espíritu, esto suele indicar unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria. Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones y deseos. ¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa! Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu” (n.261).

“Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos o praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga” (n. 262).

“En todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo y, en definitiva, la concupiscencia que nos acecha a todos. Pero aprendamos de los santos que nos han precedido y enfrentaron las dificultades de su época” (263).

“El Papa Francisco propone algunas motivaciones que nos ayuden a imitar hoy a los santos” (Cf. n. 263).

“La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero, ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. La

mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Para eso urge redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás” (n. 264).

“Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida. Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan, aunque no lo reconozcan. A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno” (n.265).

“Pero esa convicción se sostiene con la propia experiencia, constantemente renovada, de gustar su amistad y su mensaje. Sin esta amistad con Jesús pronto se pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie” (n.266)

Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que El ama. En definitiva, lo que buscamos es la gloria del Padre; vivimos y actuamos para alabanza de la gloria de su gracia.

“La Palabra de Dios también nos invita a reconocer que somos pueblo de Dios. Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo” (n.268).

“Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo, ¡Qué bien que nos hace mirarlo cercano a todos! Si hablaba con alguien, miraba sus ojos con una profunda atención amorosa: Jesús lo miró con cariño (Mc 10,21): Lo vemos accesible cuando se acerca al ciego del camino (Mc 10,46-52) y cuando come y bebe con los pecadores (Mc 2,16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (Mt 11,19). Lo vemos disponible cuando deja que una mujer prostituta unja sus pies (Jn 3,1-15). La entrega de Jesús en cruz no es más que la culminación de ese estilo que marcó toda su existencia. Cautivados por esos modelo, deseamos integrarnos a fondo en la soledad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades,

nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad” (269).

“A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo” (n.270).

“Es verdad que, en nuestra relación con el mundo, se nos invita a dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan. Se nos advierte muy claramente. “Hacedlo con dulzura y respeto”, y en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres. También se nos exhorta a tratar de vencer el mal con el bien, sin cansarnos de hacer el bien y sin pretender aparecer como superiores, sino considerando a los demás como superiores a uno mismo. De hecho, los Apóstoles del Señor gozaban de la simpatía de todo el pueblo. Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo. De este modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios tratando de encender el fuego en el corazón del mundo” (n.271).

“El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de quien no ama al hermano camina en las tinieblas. Permanece en la muerte y no ha conocido a Dios. Benedicto XVI ha dicho que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios, y que el amor es en el fondo la única luz que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. Por lo tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios. Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios. Como consecuencia de esto, si queremos crecer en la vida espiritual, no podemos dejar de ser

misioneros. La tarea evangelizadora enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes espirituales, nos hace más sensibles para reconocer la acción del Espíritu, nos saca de nuestros esquemas espirituales limitados. Simultáneamente, un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás. Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque hay más alegría en dar que en recibir. Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio” (n.272).

“La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político del alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás. Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimiento o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo” (n.273).

“Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente, necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega. No por su aspecto físico, por sus capacidades, por su lenguaje, por su mentalidad o por las satisfacciones que nos brinde, sino porque es obra de Dios, criatura suya. Él la creó a su imagen, y refleja algo de su gloria. Todo ser humano es objeto de la ternura infinita del Señor, y Él mismo habita en su vida. Jesucristo dio su preciosa sangre en la cruz por esa persona. Más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño, nuestra entrega. Por ello, si logro ayudar a una sola persona a vivir mejor, eso ya justifica la entrega de mi vida. Es lindo ser pueblo fiel de Dios ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!” (n.274)

“La falta de espiritualidad profunda se traduce en el pesimismo, el fatalismo, la desconfianza. Algunas personas no se entregan a la misión, pues creen que nada puede cambiar y entonces para ellos es inútil esforzarse. Piensan así: ¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado

importante? Con esta actitud se vuelve imposible ser misioneros. Tal actitud es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta. Se trata de una actitud autodestructiva porque el hombre no puede vivir sin esperanza: Su vida, condenada a la insignificancia, se volvería insoportable. Si pensamos que las cosas no van a cambiar, recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive. De otro modo, si Cristo no resucitó, nuestra predicación está vacía. El evangelio nos relata que cuando los primeros discípulos salieron a predicar, el Señor colaboraba con ellos y confirmaba la Palabra. Eso también sucede hoy. Se nos invita a descubrirlo, a vivirlo. Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda” (n.275).

“Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparabla. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia” (n.276).

“También aparecen constantemente nuevas dificultades, la experiencia del fracaso, las pequeñeces humanas que tanto duelen. Todos sabemos por experiencia que a veces una tarea no brinda las satisfacciones que deseáramos, los frutos son reducidos y los cambios son lentos, y uno tiene la tentación de cansarse. Sin embargo, no es lo mismo cuando uno, por cansancio, baja momentáneamente los brazos que cuando los baja definitivamente dominado por un descontento crónico, por una acedia que le seca el alma. Puede suceder que el corazón se canse de luchar porque en definitiva se busca a sí mismo en un carrerismo sediento de reconocimiento, aplausos, premios, puestos; entonces, uno no baja los brazos, pero ya no tiene garra, le falta resurrección. Así, el Evangelio, que es el mensaje más hermoso que tiene este mundo, queda sepultado debajo de muchas excusas” (n.277).

“La fe es también creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona. Que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad” (n. 278).

“Nos hace falta la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos, porque llevamos este tesoro en recipientes de barro.

Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sincera por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida. A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida. Quizás el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como Él le parezca” (n.279).

“Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él viene en ayuda de nuestra debilidad. Pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente. Él puede sanar todo lo que nos debilita en el empeño misionero... Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!” (n.280).

Extractó: LEONARDO TERRAZAS RONCAL,
Responsable Fraternidad Sacerdotal española

LA ALEGRÍA COMO TESTIMONIO

“Venid, gritemos de alegría por el Señor,
aclamemos a la roca que nos salva...” (Sal. 95)

“Marchad a sus pórticos dando gracias.

Entrad en sus atrios con himnos,
dadle gracias y bendecid su nombre” (Sal. 100).

Esta alegría que fluye en el corazón del convertido, esta alegría que irradiaba de la primitiva comunidad cristiana, ¿cómo es que no estalla en el cristiano, en la Iglesia? «Nadie es tan dichoso como un verdadero cristiano», escribía Pascal. ¿Cómo es que a los ojos del mundo, particularmente de nuestro mundo, esta alegría recibida no es irradiada? ¿Por qué el testimonio cristiano no es, en primer lugar, testimonio de alegría? ¿Será acaso porque el exceso de obstáculos en nosotros, el exceso de escorias, contienen o turban la ola de la alegría? ¿Será porque el exceso de nieblas velan los ojos de aquellos que, desde las orillas solamente, intentan contemplarla?

Velos

La alegría cristiana brilla con destellos demasiados discretos para que el hombre la descubra, ella expresa un estado demasiado misterioso para que el hombre presienta y, sobre todo, desee siempre su comunicación. Incluso cuando la adivina, ella la asusta, porque ella parece independiente de los valores terrestres, extraña a las aspiraciones de este mundo: «Las bienaventuranzas son el gran aletazo que coloca la enseñanza de Jesús por encima de lo que es felicidad humana, gloria humana, y que compromete a los discípulos a mirar hacia la luz de Dios», escribía el Padre Lagrange.

Mirar por encima de lo que es felicidad humana, gloria humana, mirar únicamente hacia la luz de Dios, ¿cómo no va a costar esto al hombre, incluso a aquél que se llama cristiano? ¿Quién de entre nosotros no experimenta cada día esta dificultad?

Y es seguramente a este nivel donde se sitúa nuestra responsabilidad en el oscurecimiento del mensaje de alegría.

Pruebas

Incluso el convertido, al que la alegría acaba de transfigurar, no se ve libre de este tiempo de prueba. Porque él ha tenido este momento privilegiado en el que lo desbordaba la luz y en el que ha marchado en esta luz, sin darse cuenta incluso de su propia

existencia; en verdad, él volaba. No era él el que vivía, sino Cristo el que vivía en él. Pero de repente, e inevitablemente, se levanta en su ruta la silueta de la cruz. Él ha encontrado a Cristo, y descubre que Cristo es inseparable de la cruz, sobre la cual ha subido para salvar al mundo.

Él descubre la cruz primeramente en su propia miseria, que él había olvidado, al haberla entregado a Cristo, y que vuelve a encontrar presente en él, unida a su condición de pecador. Y su primer reflejo de neófito es enloquecerse de este descubrimiento, de confundir debilidad y negativa, caída e infidelidad, testimonio e impecabilidad. Tiempos de miseria y de angustia, a veces muy largo, hasta el momento en que estalla la verdad esencial, que es la segunda etapa de la conversión: «¡Mi fuerza eres Tú, Dios mío! Cuando soy débil, es entonces cuando soy fuerte». Descubrimiento gozoso del pequeño camino de abandono, que rechaza el repliegue sobre sí, incluso cuando toma el carácter, en apariencia virtuoso, de lamentación sobre sus debilidades. «Desde que no me busco, llevo la vida más dichosa que se puede imaginar», escribía la pequeña Teresa.

Entonces, de la cruz de la miseria brota la alegría de la humildad y del abandono...

Él descubre todavía la cruz en las hostilidades de repente vueltas a encontrar. Él, que no querría otra cosa que amor, ve levantarse sobre su camino la acritud, la ironía, el odio a veces, la oposición bajo todos sus aspectos, una lucha inesperada que lo desconcierta, durante todo el tiempo que transcurre hasta que ella no se convierte a sus ojos en la señal misma de la llamada del Maestro: «Se os perseguirá, se dirán toda clase de males contra vosotros a causa de Mí.»

Entonces, de la cruz de la persecución brota la alegría de la imitación.

Él descubre la cruz en la negativa de las almas, la impotencia para repartir la nueva de la salvación tan clara a sus ojos, tan luminosa en su corazón; la descubre en todas las encrucijadas del sufrimiento multiforme, repartido sobre la Humanidad, hinchada por lugares en abscesos espantosos, casi por doquier inmersa en una rebelión infernal, y se desespera de ello, hasta que resuena en su alma la llamada más íntima, la más revolucionaria, aquella que tantos de nosotros han oído por mediación del mensaje del hermano Carlos de Jesús: llamada a la inmolación; deseo de acoger en sí toda clase de sufrimiento para entregarlo al amor, aceptación de todo sufrimiento por la salvación del mundo; sigla grabada en el alma, del

corazón y de la cruz, inseparablemente unidas, inseparables de una alegría que no es de aquí abajo.

Entonces, de la cruz del desprecio y de la negativa brota la alegría de la configuración.

Él descubre finalmente la cruz en la fragilidad de todas las cosas, de toda vida: en las pruebas sobre los seres queridos, la desaparición de éstos, la vanidad de todo proyecto humano, el fracaso aparente de toda gestión humana, incluso planteada para Dios, y sufre su muerte y pasión hasta que el Reino le aparezca bajo sus rasgos de eternidad, introducción a una alegría en la cual todas las alegrías humanas toman su realidad, pero de la cual ellas no son más que las primicias frágiles, a una alegría que es la alegría de Dios, conquistada para el hombre por Jesús en la cruz, y de la cual muchos de los sufrimientos de aquí abajo han sido quizá los preludios.

Entonces, de la cruz de la agonía y de la muerte brota la alegría de la resurrección.

Y toda esta experiencia de la cruz lo encamina paulatinamente, si es fiel, hacia la certeza de que no es el sufrimiento lo que se opone a la alegría, sino la tristeza, de que el sufrimiento puede, paradójicamente, coexistir con los estados más auténticos de serenidad, de paz, de dulzura, de abandono, de confianza, de comunión, todos los cuales se armonizan con la alegría cristiana. Nada daña tanto a la obra de Dios como la tristeza.

De la buena tristeza

Ciertamente, debemos añadir rápidamente que hay una buena tristeza, cual es la de Jesús en la hora del príncipe de las tinieblas, cuando la obra de Dios parece a punto de fracasar, cuando el ser de carne tiembla ante el sacrificio inevitable, cuando el alma toca estos fondos de dolor tan cercano a la desesperación o cuando el mismo sacrificio parece vano: «Mi alma está triste hasta la muerte... Porque el amigo ha traicionado... Porque la luz ha venido a las tinieblas y las tinieblas no la recibieron...» Porque el sí de la Humanidad ha sido dicho en la Toda Hermosa, y porque la humanidad continúa diciendo el no del orgullo y de la ignorancia.

Pero ¿no es necesario decir también que, incluso en el Maestro, la hora de la tristeza es la hora de la tentación? ¿Que ella coincide con la presencia de Satanás en la hora de la obra de Dios? ¿Que ella es incluso la señal de esta presencia, el medio privilegiado de que se sirve el enemigo para abatir el alma y velarle las luces de la esperanza? A esta tristeza el Maestro responde con la entrada en la voluntad del Padre: «Yo he venido para esta hora», y no podemos

dudar de la alegría del Hijo que acompañaba a las palabras: «Todo se ha consumado.»

No, la tristeza no realiza la obra de Dios. Los santos coinciden sobre este tema: «La tristeza es casi siempre inútil, y por ello contraria al servicio del Amor Santo», escribe san Francisco de Sales.

Y la sabiduría popular ha consagrado definitivamente la identificación entre alegría y santidad en el adagio lleno de humor: «Un santo triste es un triste santo».

Hay, pues, en la tristeza un principio nefasto, y este principio será probablemente cercado en su naturaleza más esencial si nosotros lo llamamos repliegue.

«¡La tristeza soy yo -escribía el abad Perreyve-; la alegría sois Vos, Dios mío!»

Si, es el repliegue el que, volviéndonos constantemente hacia nosotros mismos, nuestras comodidades, nuestras costumbres, nuestros criterios, nuestros disgustos, nuestros deseos, nuestras ambiciones terrenas, todos los elementos de una felicidad a nuestra medida, nos aparta de la obra de Dios y nos priva de una dicha a la medida divina. Y esto en cada momento de nuestras vidas.

La tristeza del mundo

Particularmente de nuestras vidas modernas.

Porque la tristeza está repartida sobre nuestro mundo más que lo ha sido jamás sobre mundo alguno.

Ella vela en los ojos de los trabajadores, que a lo largo de la jornada rompen cadencias inhumanas y en aquellos ociosos que corren en pos de las diversiones más escandalosas para gastar un tiempo del que no saben qué hacer.

Ella está sobre el rostro de los ciudadanos tensos por los ritmos infernales de su vida; sobre el rostro de los pobres, corroídos de envidia y de rebelión; sobre el de los ricos, atormentados de miedo y de disgusto.

Ella se cierne sobre las inmensas muchedumbres que salen de los cines todos los días de la semana; ella humedece la mirada de los ancianos, a los que no sabe amar, y endurece la de los jóvenes, a los que no se ha enseñado la alegría del esfuerzo ni la del sacrificio.

Ella impera, implacable, en millones y millones de vidas que ahogan los sufrimientos sin significación, tanto más acusados cuanto más ha multiplicado la técnica los medios para vencerlos.

Pero ella extiende también su dominio sobre millones de otras vidas, a las cuales han sido ahorrados los sufrimientos más

habituales del hombre: millares de suicidios todos los años en los países más «confortables» del mundo, aquellos en los que la cuestión social parece haber sido resuelta muy bien, y particularmente entre los jóvenes. Neurosis en los medios más holgados, entre las jóvenes de familias acomodadas y entre las artistas en boga más aduladas. ¿Y quién no conoce a estas jóvenes familias a las que todo parece sonreír, que poseen casa y automóvil, ropas y alimentos a satisfacción, que pasan su semana organizando el empleo del tiempo del domingo, rechazan los niños para no atormentarse con preocupación alguna, y... que no tienen jamás otra cosa que propósitos desabridos e insatisfechos a causa de todo lo que ellos desearían poseer todavía y que reprochan a sus padres el no habérselo procurado.

Se podrían multiplicar los ejemplos.

Este mundo de la técnica, liberador de tantas esclavitudes, ¿cómo ha podido desarrollar un clima tal de tristeza y de disgusto, hasta el punto de que los jóvenes por doquier están al acecho de lo que ellos llaman un ambiente, sin saber que el «ambiente» es solamente el hombre el que lo puede crear, con lo que hay en él de más íntimo?

Trayendo al hombre la imagen diaria de una felicidad fácil. ¿le habrá velado la técnica las realidades eternas, sin las cuales toda felicidad humana es ilusoria? Limitando su vista a los horizontes terrestres, ¿le habrá quitado su dimensión esencial, esta dimensión de eternidad cuya privación resiente inconscientemente?

Nuestro testimonio

Rodeado por este mismo universo que no habla de otra cosa que de confort, de lujo, de posesión, de evasión, de eficacia inmediata, ¿no nos sucede también a nosotros que fijamos allí con complacencia nuestras miradas, que buscamos ávidamente las satisfacciones pasajeras que nos procura, que nos entristecemos cuando nos traicionan, que olvidamos el precio de los valores eternos, de los que somos depositarios hasta el punto de que nada trasluce en nuestras vidas con una alegría venida de otra parte y «prometida a todas las naciones»?

«Mi alma glorifica al Señor...». El canto de la humanidad redimida, ¿Llega a nosotros? ¿Glorifican nuestras vidas al Salvador? ¿Se adivina, viéndonos vivir, que en Él se sitúa la fuente y la ola de nuestra alegría? ¿Nuestros espíritus «saltan de alegría» en Él? ¿Hay

en nuestros gestos, nuestras palabras, nuestras gestiones las señales de una salvación que es nuestra alegría?

Una de estas señales debería ser la acción de gracias, que añade al don de asombro -familiar a tantos no creyentes- el reconocimiento y el amor. La acción de gracias expresada cada día en «cántico de las criaturas» para dar las gracias al Padre de las larguezas que no saben distinguir las almas habituadas: el pan cotidiano, la salud suficiente, el rayo del sol sobre las cumbres, la lluvia que reverdece los prados, el trabajo que se ama, la amistad fiel, las presencias en derredor de nosotros, toda esta creación y todas estas criaturas de las cuales Dios ha poblado el universo, maravillándose Él mismo de ellas, proclaman que «todo esto era bueno».

Otra señal debería ser la confianza: confianza generadora de paz, confianza expresada en paciencia, en dulzura en las dificultades y en la prueba, de la contrariedad anodina al sufrimiento agudo; confianza que es certeza de la presencia de amor del Padre, al seno mismo del dolor, entrega en sus manos, abandono a sus designios.

Otra señal todavía: la libertad gozosa con respecto a las cosas, a los seres, a los acontecimientos. Libertad que hace huir del confort, cuando se consigue, y aceptar la desnudez cuando es enviada; que hace vivir cada alegría, como cada sufrimiento, en plenitud, pero en el sentimiento constante de las resonancias de eternidad de las cuales son portadoras. Libertad que es como el brotar alegre de la auténtica pobreza y que tiene como sinónimos o como corolarios la disponibilidad, la apertura, la jovialidad..., esta jovialidad que sonríe en el rostro de tantos santos como el reflejo de una presencia desbordante.

Acción de gracias, confianza, abandono, libertad gozosa, todos estos valores cristianos, si ellos fuesen auténticamente vividos por cada uno de nosotros, se manifestarían en nuestras comunidades fraternas en armonía, en unidad, en esta «sencillez gozosa» que caracterizaba la comunidad primitiva y era apostólica en su misma esencia, unida a un amor recibido de Jesús y vivido plenamente entre hermanos.

La aparición de la alegría, entonces, está ligada a su presencia. «Allí donde dos o tres se encuentran reunidos en mi nombre...» ¿Sentimos a nuestras comunidades caldeadas por la presencia de Jesús? ¿Dan ellas testimonio gozoso de su presencia?

Si algunas de estas señales faltan en nuestras vidas, es quizá que la tentación de repliegue es en nosotros demasiado fuerte todavía: repliegue sobre nuestras comodidades, sobre nuestros

temperamentos; repliegue sobre nuestras abnegaciones, que esperan reconocimiento y alabanza; repliegue sobre nuestras acciones y nuestras simpatías tan frecuentemente exclusivas; repliegue sobre nuestros sufrimientos, que creemos siempre excepcionales, y los cuales no desembocan sobre la obra de salvación; repliegue sobre nuestros recuerdos o sobre nuestras nostalgias. Y tantas otras actitudes que sitúan nuestras vidas en el plano de todas las otras vidas, no dejan transparencia alguna a las realidades divinas que deberían ser nuestra alegría.

«Dichosos de la bienaventuranza de Dios...»

Pero, en verdad, ¿debemos sorprendernos de estar allí todavía?

La alegría de la que se habla aquí es la alegría misma de la santidad. La de la adhesión constante a la voluntad del Padre, del sí cotidiano a sus designios, de la colaboración en su obra.

Ella es, por último, la alegría de privarse voluntariamente de toda alegría personal, para no gozarse más que de la alegría de Dios, aquella con la que todo el cielo salta de gozo cuando la oveja perdida es encontrada de nuevo, cuando la buena nueva es predicada sobre los pequeños, sobre los humildes.

Esta alegría, en la cual nos inicia el hermano Carlos de Jesús, esta alegría hacia la cual nos conducen tantos santos, es la alegría misma del crucificado, muerto a toda alegría terrena, para entrar, con todos los hombres, sus hermanos redimidos, en la alegría de Dios.

Por esta causa sus acentos más puros brotarán siempre del don más total, de la imitación más fiel. Su cántico no tendrá jamás resonancia más pura que cuando pase por los labios del estigmatizado, que es también el pobrecillo, del cual Dios es el único bien:

«Tú eres santo, Señor Dios,
Tú eres el bien,
el soberano bien,
Tú eres alegría y regocijo.»

«NO PODEMOS VIVIR SIN ALEGRÍA»

Las alegrías humanas más puras nos vendrán de la amistad, y nosotros no podemos vivir sin alegría. De igual manera que la amistad sobrenatural no podría concebirse sin la forma de una amistad humana muy sencilla, de igual modo creo que debemos aprender de nuevo a percibir las alegrías más sencillas. Hay placeres y hay alegría. Se puede renunciar a los placeres, pero no se tiene derecho a renunciar a la salud moral que da la alegría. Renunciar a ciertas satisfacciones humanas no debe entrañar la renunciación a la alegría.

Jesús es para nosotros la fuente única de las alegrías supremas: alegría de poseer la verdad, alegría de ser «admitido» a entrar en los secretos de Dios, alegría de la fecundidad inmediata de la cruz, alegría de la eficacia de la oración, alegría de la esperanza y de la expectación, alegría de saber con certeza que Aquel al que nosotros amamos por encima de todo es definitivamente dichoso. Todas las alegrías están enraizadas en la fe y en la esperanza, pero ellas se encuentran también, como nuestra fe, esperando su plena realización.

Pero hay otras alegrías, más inmediatas, alegrías sencillas, humanas, que son como el brillo de la salud del corazón y del alma. Estas alegrías humanas vuelven a encontrar, en efecto, como un brillo nuevo muy puro, cuando nuestro corazón, por el desasimiento, se encuentra sólidamente anclado por la esperanza en la única gran alegría de poseer a Dios. Nosotros no podemos vivir nuestra vida de hombres sin alegrías humanas. La tristeza aceptada, acogida, es siempre, al menos, una imperfección, es un relajamiento de las fuerzas de la generosidad y del amor y mata la esperanza.

Ciertamente, a veces podemos sentirnos agobiados por muchas causas de sufrimiento y de tristeza, y las más dolorosas son aquellas que afectan a los que amamos y ante las cuales nos sentimos impotentes. Se debe aprender a sufrir sin tristeza, a compartir verdaderamente el sufrimiento de los demás, llevándoles un poco de alegría humana. Dios no quiere que sucumbamos a la tristeza. Pienso que no será jamás una perfección renunciar sin razón a una alegría sana y verdadera: es necesario incluso aprender a renovarse para ser capaz de volver a encontrar la fuente de ciertas alegrías. Más todavía, no confundáis jamás los placeres de los sentidos, la satisfacción de un capricho pasajero, con la alegría, con la verdadera

alegría. En cada instante de la vida hay una alegría oculta que nosotros podemos gustar si estamos atentos a comprenderla.

La fuerza, la paz y la alegría se encuentran en la acogida llena de interés y de atención que dispensamos a la parte de vida que nos toca en suerte en cada instante del tiempo. Somos demasiado débiles para abarcar más del pequeño momento presente. Nuestra fuerza espiritual ha sido medida por Dios a la medida de un solo instante, a la vez. No tenemos por qué salirnos del tiempo, y éste es una sucesión de cortos “presentes”, a nuestra medida humana. Para ser capaces de concentrar con amor nuestras pobres posibilidades en el instante presente, el único real, es necesario estar, por amor de Jesús, sin temor y sin preocupaciones exageradas con respecto al futuro y sin recuerdos deprimentes del pasado: todo esto nos impide vivir en la realidad verdadera y en la realidad divina.

Desde algún tiempo a esta parte, yo encuentro cada vez más un gran valor y una gran paz dejándome llevar, momento tras momento, por la corriente bien concreta de la voluntad divina. Esto me permite alejar toda preocupación inútil y aceptar con paz la carga aligerada de la tarea, cualquiera que sea, del momento presente. Os daréis entonces cuenta que el pesimismo, el repliegue sobre sí, la cobardía, provienen con reiterada frecuencia por el hecho de acoger en nosotros impresiones, previsiones, devaneos que nada tienen que ver con la realidad más humilde, más sencilla, siempre soportable, del momento presente. Este es siempre limitado y sencillo, cuando se toma en sí mismo y separado del resto, pasado o futuro. En el momento de la oración, el silencio interior raramente se rompe por la preocupación del momento presente, sino casi siempre por la del futuro.

Aprender a concentrarse en el momento presente supone, pues, la purificación de la memoria. Una fe confiada en Cristo, la esperanza en sus promesas; en estas condiciones, encontraremos en cada minuto de nuestra vida la fuente de una verdadera alegría.

Sabremos descubrir motivos de alegría en los actos más sencillos de la vida. La ausencia de doblez sobre sí, la pureza de intención, la servicialidad y la dulzura hacia toda criatura, la disciplina del cuerpo¹ y la del corazón, y finalmente la amistad entre

¹ No se atribuye una importancia suficiente a la práctica diaria de ciertos ejercicios del cuerpo que tienen por finalidad restablecer el equilibrio físico, calmar la irritación, ayudar al dominio de sí. Estos ejercicios físicos son tanto más útiles porque vuelven a traernos la calma física y nerviosa necesaria para la vida de oración, y contribuyen a neutralizar la dispersión, la agitación y la irritación causadas por las condiciones de vida actual.

hermanos, todo esto será para nosotros fuente de alegría. Es conveniente expresar esta alegría exteriormente, porque de este modo ella será, además, un don hecho a nuestros hermanos. La jovialidad mantiene el esfuerzo, infunde coraje, facilita el camino de la apertura y de la confianza mutua. Algunos tienen una disposición natural a difundir la alegría en torno de ellos; allí donde se encuentran, la atmósfera se purifica. La mayor parte de las veces se trata de un problema de temperamento.

Otros son, por naturaleza, más reservados, no saben exteriorizar su alegría, incluso cuando la poseen verdaderamente en el fondo de su corazón en paz. Hay optimistas, por naturaleza, propensos a no ver más que la cara alegre de los acontecimientos y de las personas, porque esta buena cara existe siempre. Otros no saben observar más que lo que no funciona, y están, naturalmente, inclinados a criticar todo. Estos últimos deben hacer un esfuerzo consciente, a fin de ejercerse poco a poco en observar el aspecto bueno de cada cosa, y a cerrar los ojos sobre los aspectos peligrosos, cuando no existe un deber concreto de ocuparnos de ellas.

Se puede llegar perfectamente a modificar sus propias reacciones para hacerlas más optimistas: es una cuestión de voluntad y de costumbre. Intentadlo, y comprobaréis como, poco a poco, adquiriréis buen humor y cómo la caridad fraterna os será más fácil hacia todo el mundo. De este modo conseguiréis infundir ánimo, alegría y esperanza en nuestro alrededor. ¿Hay una parte de imaginación y de anticipación irreal en nuestros temores, nuestras tristezas y nuestros desalientos?

San Francisco de Asís había aprendido a ver la belleza y la bondad que hay en todas las cosas, en todas las criaturas. Esta mirada de sencillez sobre la creación es el reflejo de la mirada que Dios dirige sobre su obra; ¿cómo podría Dios mantener todas las criaturas en el ser, si no continuase pensando, como en el día de la Creación, «que esto era bueno»?².

Nosotros somos perfectamente capaces de aprender a mirar el mundo y los hombres con ojos nuevos, admirativos, con ojos de hijos de Dios. Los espíritus humildes y los corazones cercanos a Dios tienen una manera peculiar de ver y de acoger todo con una simpatía, una comprensión que a veces nos sorprende y nos inspira una especie de respeto. Pensad en la alegría que experimentaréis al ser un objeto de respeto y de admiración. ¿Habéis encontrado alguna

² Génesis 1, 31.

vez esta mirada de infinita bondad y de respeto dirigida sobre un hombre por otro hombre? Nada indica con mayor claridad la impresión de que Dios habita en un hombre como esta mirada que «excusa todo, cree todo, espera todo, soporta todo»³.

Conoceréis probablemente esta tradición provenzal que coloca en cada cuna, entre aquellos que vienen a visitar al Niño recién nacido, un personaje que se llama el Embelesado. Se trata de un pobre hombre, muy sencillo, que llega con las manos vacías, porque está demasiado ocupado por su continua distracción, que consiste en admirar todo lo que ve, porque está realmente encantado por el aspecto bueno de cada cosa. No puedo dejar de citar aquí un pasaje de una Navidad provenzal: «Y el Ravi levantaba los brazos al aire diciendo: ¡Dios mío, cuán bello es un hombre que era desgraciado y después es feliz! ¡Dios mío, cuán bello es que se sienta invadido por el deseo de trabajar un hombre que era un holgazán! ¡Tú, el Ravi, comienzas a irritarnos! Si te irrito, te pido perdón. ¡Eh, tú mencionas el trabajo y sin embargo durante tu vida nada has hecho! ¡Eh, yo he mirado a los otros y los he animado! Yo les he dicho que eran bellos y que hacían cosas bellas. ¡Y tú apenas te has fatigado! ¡Y tú ni siquiera has traído el regalo!» Y la Santísima Virgen le dice: «No les escuches, Ravi, tú has sido colocado sobre la tierra para maravillarte; tú has cumplido tu misión y tú tendrás tu recompensa. El mundo será maravilloso mientras tenga personas como tú, capaces de maravillarse»⁴.

Esta actitud de admiración de la obra de Dios en los hombres es profundamente cristiana; ella abre los corazones a la alegría y disipa las sombras del desaliento. Es necesario que nos esforcemos en cambiar nuestro criterio para mirar a los otros con los ojos del Ravi. Nosotros lo podemos. De igual modo que no hay amistad sobrenatural si no llegamos a ser «amigos» en las realidades más sencillas de la vida, de igual modo no creo que tengamos el corazón capaz de alegrías sobrenaturales si no hemos aprendido a redescubrir las alegrías sencillas de la amistad con los hombres y el mundo tales como Dios los ha creado⁵.

* * *

³ I Cor. 13,7: "La caridad... no busca su interés, no se irrita, no se ocupa del mal; ella no se goza de la injusticia, sino que pone su alegría en la verdad..." (*Ibid.* 13, 5-6.)

⁴ Extracto de Navidad de los Santones.

⁵ R. VOILLAUME, *Por los caminos del mundo*, Ediciones Marova, Madrid, 1962.

No se puede considerar seriamente llevar hasta la muerte una vida religiosa, con todas las renunciaciones a las realizaciones terrestres que implica, las renunciaciones a toda forma de posesión personal y principalmente a esta expansión que es la fundación de una familia, sin esperar verdaderamente la venida de Jesús y todo lo que este reencuentro con Él nos dará de alegría, de afinamiento humano, de perfección gloriosa y de vida infinitamente fecunda. Esta espera es necesaria; es quitar todo fundamento a las bienaventuranzas y hacérselas insoportables e irrealizables, a no ser por la espera de las alegrías que vendrán después de esta vida. La mayor de las dificultades experimentadas en nuestros días en la vida sacerdotal o religiosa vienen por el hecho de que se quiere considerar demasiado la profesión de la castidad, de la obediencia e incluso de la pobreza en los límites demasiado restringidos de nuestro tránsito por la vida mortal. ¡Entonces, esto es inasequible y desalentador! ¿Dónde encontrar la contrapartida del renunciamiento a la expansión legítima del matrimonio? No se da realmente aquí abajo. ¿Quién nos dará esta plenitud de poder y de libertad, necesaria a nuestro ser, y que la obediencia cotidiana limita con demasiada frecuencia? Nosotros no la alcanzaremos plenamente aquí abajo. ¿Por qué la pobreza se convierte tan rápidamente en ocasión de crítica y de discusión, sin liberarnos y situándonos por encima de los sistemas económicos temporales, de los cuales los hombres discuten entre sí? Porque nosotros no hemos dejado verdaderamente las cosas de la tierra, lo que es imposible a quien no espera verdaderamente las cosas del cielo. Necesitamos un tesoro, el cual estará aquí abajo o en el más allá. Nosotros no podemos pasar sin él, y por ello algunos lo intentan conseguir en vano. El fundamento de las bienaventuranzas es la espera del reencuentro con Jesús en la otra vida, inmediatamente después de la muerte y con motivo de la resurrección. Los apóstoles han sido valientes porque esperaban ver de nuevo a Jesús y los mártires han sido animosos porque marchaban inmediatamente a encontrar de nuevo a Dios. Encontrar de nuevo a Dios es encontrar de nuevo a Jesús: vosotros no podéis vivir sin esta espera, y la vida religiosa de un pequeño hermano es imposible sin el hábito de esta espera, que debe profundizarse en el deseo. No hay espíritu de sacrificio posible sin esta espera, no hay castidad posible sin esta espera de la unión con el cuerpo glorificado de Jesús. Sin esta espera cierta, sin el deseo avivado en nosotros de las alegrías de la vida futura, los renunciamientos se convierten en esfuerzos estériles e imposibles de sostener. Es necesario superar todo en un único e inmenso deseo que se apodera y sana todos

nuestros deseos de hombre, para fundirlos en el deseo, cada vez más presente y habitual, de poseer a Jesús un día sin veladuras, en una alegría infinita y sin límites. Por esta causa, si Jesús no ha resucitado, nosotros seremos, como lo experimentaba tan duramente san Pablo, los más desgraciados de los hombres. Ahora bien: un gran número de religiosos y de sacerdotes viven como si Jesús no hubiera resucitado y no los esperara; ellos tienen que ser necesariamente los más desgraciados entre los hombres, porque aquí abajo no habrá contrapartida de aquello cuyo gozo nos arrebató nuestra profesión religiosa. No podemos vivir sin alegría: la nuestra está en la esperanza, nosotros la esperamos y por el momento no gozamos de ella más que en el espejo de la fe⁶.

RENÉ VOILLAUME

EL GOZO DE POSEER A DIOS

“En todas partes estáis, Verdad eterna, presidiendo a todos los que os consultan y se aconsejan de Vos, y a todos les respondéis aunque os pregunten cosas muy diferentes. Bien claramente les respondéis a todos, pero no todos oyen vuestras respuestas claramente. El mejor siervo es aquel que no atiende tanto a oír de Vos lo que él desea y quiere, como a querer y ejecutar lo que de Vos oyere.

Tarde os amé; Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma, y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas creaturas exteriores que Vos habéis creado. De lo que infiero que Vos estabais conmigo y yo no estaba con Vos... Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Me disteis a gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma un hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocasteis y me encendí en deseos de abrazaros”⁷.

SAN AGUSTÍN

⁶ R. VOILLAUME, o.c.

⁷ Confesiones, BAC Minor, 2013, cap. 26-27.

Páginas para la Oración



“El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno [...]

La misma síntesis aparece recogida en el Nuevo Testamento: «Tened ardiente caridad unos por otros, porque la caridad cubrirá la multitud de los pecados» (1 Pe 4,8). Esta verdad penetró profundamente la mentalidad de los Padres de la Iglesia y ejerció una resistencia profética contracultural ante el individualismo hedonista pagano. Recordemos sólo un ejemplo: «Así como, en peligro de incendio, correríamos a buscar agua para apagarlo [...] del mismo modo, si de nuestra paja surgiera la llama del pecado, y por eso nos turbamos, una vez que se nos ofrezca la ocasión de una obra llena de misericordia, alegrémonos de ella como si fuera una fuente que se nos ofrezca en la que podamos sofocar el incendio»”.

LA PERFECTA ALEGRÍA



Las Florecillas de san Francisco, escrito de un autor desconocido en dialecto toscano, fueron escritas en la segunda mitad del siglo XVI. El maravilloso relato de Las Florecillas nos hace vislumbrar el secreto para vivir en perfecta alegría.

“En un tarde de invierno, fray Francisco volvía de Perusa a santa María de los Ángeles, en compañía de fray León. El tiempo era crudo: la nieve cubría las faldas de la montaña. En el llano caía una lluvia tupida y helada que las ráfagas de viento arrastraban con rabiosa violencia. Los senderos estaban desiertos y barrocos. Los dos frailes, con la capucha en la cabeza y la túnica mojada que se adhería a la piel, caminaban en silencio uno tras otro, cuidando donde colocar los pies descalzos, para no resbalar.

De improvviso, como continuando su meditación interior, el Santo comenzó a decir a su compañero que lo precedía unos pasos:

-Fray León, aun si los frailes menores diesen al mundo un gran ejemplo de santidad, escribe que en esto no esta la perfecta alegría. Fray León no contesto nada. Siguió su camino, levantando de vez en cuando la mirada hacia adelante. ¡Santa María de los Ángeles aun quedaba lejos!

Después de un poco, el Santo, rompiendo de nuevo el silencio, exclamó:

-Fray León, aun si los frailes menores pudieran dar la vista a los ciegos, enderezar a los tullidos, devolver el odio a los sordos, dar el habla a los mudos, incluso resucitar a los muertos, escribe que en esto no está la perfecta alegría.

Después de otro largo trecho, Francisco volvió a decir:

-Fray León, si el fraile menor supiera hablar todas las lenguas, si conociera todas las ciencias, si supiera todas las escrituras, si pudiera predecir el futuro y leer el secreto de las conciencias, escribe que también en esto no está todavía la perfecta alegría. Fray León parecía no estar prestando atención a las palabras del Santo. Se había vuelto hacia atrás. En cambio, las meditaba en su corazón, procurando comprender su significado. Mientras tanto, la

lluvia seguía cayendo, calando a los dos frailes hasta los huesos, y el viento castigaba implacable las piernas desnudas de los dos frailes.

Aun, unos cuantos cientos de metros... Después Francisco prosiguió su retahila:

-Fray León, ovejuela de Dios, aun si los frailes menores pudieran hablar con los ángeles, si conocieran los misterios de las estrellas, si les fueran revelados todos los tesoros de la tierra, los poderes de las aves, de los peces, de los animales, de los hombres, de los árboles, de las piedras y de las aguas, yo te digo y te repito escribas, que tampoco en esto está la perfecta alegría.

Unos dos kilómetros después, embargado de mayor entusiasmo, con voz más alta, casi gritando acentuó:

-Fray León, también si el fraile menor pudiera predicar tan bien hasta convertir a todos los fieles en Jesucristo, tampoco en ello estaría la perfecta alegría.

Fray León salió finalmente de su silencio y con humildad preguntó:

-Y entonces, Padre, yo te ruego en nombre de Dios me digas donde está la perfecta alegría.

Y el santo contestó así:

-Si una vez llegados a santa María de los Ángeles, empapados de lluvia, tiritando por el frío, embarrados hasta los ojos, atormentados por el hambre... si llamamos a la puerta y el portero mirando airado por el agujero nos ve... y comienza a gritar: "Idos, malhechores y mentirosos... vosotros sois ladrones que buscáis hurtar las limosnas de los pobres...", si soportamos con paciencia todos estos insultos, escribe fray León, que en esto está la perfecta alegría.

Y si nosotros, apremiados por el hambre y el frío, temblorosos por la noche, seguimos llamando a la puerta, y lo hacemos cada vez más fuerte, y llorando rogamos al portero que nos haga entrar por el amor de Dios... y él, saliendo con un nudoso garrote, nos agarra por la capucha y nos arroja por tierra, y nos frota contra la nieve, y nos muele a palos en las coyunturas, donde más duele, y nos sigue insultando y maldiciendo... Y bien, si todas estas cosas nosotros las soportamos con paciencia y júbilo, pensando

en los sufrimientos de Jesús Crucificado, oh, Fray León, escribe que en esto, y solo en esto, esta la perfecta alegría.

-Y ahora, Fray León, escucha la conclusión de todo este discurso... Nosotros no podemos gloriarnos de las gracias y buenas cualidades que poseemos. Son un don de Dios, el cual, como nos las ha dado, también nos las puede quitar... Sin embargo, podemos gloriarnos de una sola cosa porque es completamente nuestra: "Aceptar con amor los sufrimientos, los insultos, las penalidades de la vida". De esta manera daremos gloria a Dios y nuestro corazón gozará en la espera del premio eterno. Porque en todos los demás dones de Dios no podemos gloriarnos, ya que no son nuestros, sino de Dios; por eso dice el Apóstol: *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de Él, ¿por qué te glorías como si lo tuvieras de ti mismo?* (1 Cor 4,7). Pero en la cruz de la tribulación y de la aflicción podemos gloriarnos, ya que esto es nuestro; por lo cual dice el Apóstol: *No me quiero gloriarse sino en la cruz de Cristo* (Gál 6,14).

A Él sea siempre loor y gloria por los siglos de los siglos. Amén".

San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época Edición preparada por José Antonio Guerra, o.f.m. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC 399) Madrid, 1998, 7ª edición (reimpresión), Capítulo VIII.

LA ALEGRÍA QUE CANTA

«Estoy sentado en mi pieza al lado de la lámpara, con la ventana abierta, mientras cae la tarde.

La tierra se sumerge en el silencio. Un viento suave hace sonar las ramas de los árboles. Un pájaro canta tímidamente, el cual no enturbia el silencio que crece más y más.

Pero en mí hay mucho ruido... Es la alegría que canta. Antes mi ser estaba despedazado por la inquietud y la desesperación. Me lanzaba en todas direcciones; en la noche buscaba la vida, quería liberarme de mis angustias, pero era impotente. De repente, ¡oh milagro!, la brillante luz apareció. Entonces caí en tierra.

¡Oh belleza, oh Omnipotencia! Oh Jesús, te pertenezco para siempre, para siempre, para siempre. "Deus meus et omnia"».

P. VAN DER MEER, *Diario de un convertido*, Alba (CN), Ed. Paoline, 1957.

LA ALEGRÍA

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”. Así comienza la exhortación “*Evangelii gaudium*”, es decir, “*La alegría del Evangelio*”.

Este documento ha sido firmado por el Papa Francisco el día 24 de noviembre, en el que se clausuraba el Año de la Fe. Bien sabemos que, aun conociendo la tristeza que embargaba a sus discípulos en la hora de la despedida, les prometía Jesús una alegría que nadie les podría arrebatar (Jn 16, 22). Y san Pablo entiende la alegría como fruto del Espíritu, justo después del amor (Gál 5, 22).

Sin embargo, a Nietzsche los cristianos le parecíamos sepultureros. Seguramente no siempre hemos visto la alegría como un don de Dios y como una virtud que hay que cultivar. Sería una ingratitud hacia Dios despreciar las sanas alegrías que Él ha puesto en los corazones humanos. Nada humano nos es ajeno, como decía el poeta romano Terencio.

Como evocando el verso de aquel esclavo, el Concilio Vaticano II afirma que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (GS 1).

En una hermosa exhortación a la esperanza, a los diez años de la clausura del Concilio, escribía el Papa Pablo VI: “La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil generar alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. A veces no faltan el dinero, la comodidad, la higiene y la seguridad material; pero el tedio, la aflicción y la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos”.

De forma semejante, el Papa Francisco escribe ahora que “el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada”.

En vísperas de la Navidad del año 2008, Benedicto XVI nos decía que “ante el belén, podremos gustar la alegría cristiana, contemplando en Jesús recién nacido el rostro de Dios que por amor se acercó a nosotros”.

Así pues, no podemos confundir la alegría con las satisfacciones inmediatas. Tampoco podemos encerrarnos en el regusto de una pretendida alegría individualista que ignore el sufrimiento de nuestros hermanos. Hemos de vivir con la alegría que el ángel anunciaba a los pastores que pasaban la noche al raso en los campos de Belén.

El anuncio es la clave. Porque “la alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera”. Ese es el camino que nos señala el Papa Francisco: transmitir con alegría la Buena noticia que hemos recibido.

JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS

«¡Hacedles comprender que no tienen
otro deber en el mundo fuera de la alegría!

La alegría que nosotros conocemos,
la alegría que hemos sido encargados de darles,
hacedles comprender que no se trata de una palabra vaga,
un insípido lugar común de sacristía.

¡Sino una horrible, una soberbia,
una absurda, una punzante realidad!,
y que a su lado todo lo demás es nada.

¡Algo de humilde y de material y de punzante,
como el pan que se desea,
como el vino que ellos encuentran tan bueno,
como el agua que hace morir si no os dan de ella,
como el fuego que quema,
como la voz que resucita los muertos!»

PAUL CLAUDEL,
El Padre Humillado, Ed. Gallimard, 1920.

LA EUCARISTÍA, MEMORIAL DE JESÚS

Meditación para el Jueves Santo

Primera lectura: Éxodo 12,1-8.11-14

Salmo responsorial: Salmo 115

Segunda lectura: 1 Corintios 11,23-26

Evangelio: Juan 13,1-5

La celebración vespertina del Jueves Santo recuerda la institución de la Eucaristía e invita a valorar y a vivir las implicaciones de su celebración, que ordenó Jesús como su *memorial*.

El *memorial* es una creación del AT que sólo es posible por el poder de Dios: se trata de *recordar* un acontecimiento del pasado y, a la vez, *hacerlo presente* para aprovecharse de sus virtualidades. De esta forma todas las generaciones pueden participar de las grandes intervenciones de Dios en la historia en favor de su pueblo. En concreto, en la celebración de la Pascua, se actualiza a favor de cada generación la acción liberadora de Dios, que liberó al pueblo de la esclavitud y le concedió la libertad. Es una de las fiestas principales del pueblo judío, que celebra cada año en contexto de liberación y solidaridad. La recuerda la primera lectura, que en este contexto tiene carácter de anuncio de otra liberación mayor que concederá Dios a su pueblo.

La segunda lectura presenta la Eucaristía como cumplimiento de lo que aquella Pascua recordaba y como auténtico memorial, es el *memorial de la muerte y resurrección de Jesús*, verdadera Pascua, en que la humanidad, unida a Jesús, pasa de este mundo al Padre, de la esclavitud a la libertad, consiguiendo en plenitud la solidaridad y liberación que significaba.

El evangelio completa esta presentación. La Eucaristía es signo sacramental eficaz de todo el ministerio de Jesús, especialmente de su muerte y resurrección: *Víspera de la Pascua. Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, los amó hasta la plenitud*. Todo el ministerio de Jesús es expresión de su amor, pero su muerte es expresión de que amó todo lo que pudo amar. Es importante notar que, a continuación, Juan no narra la institución de la Eucaristía, como

cabría esperar, solo el lavatorio de los pies, seguido del mandato de que lo hagamos también nosotros. Es que para Juan lavatorio es símbolo de la Eucaristía y el mandato de lavarnos equivale a *haced esto como mi memorial*.

Esto ofrece la clave para comprender lo que es celebrar el memorial: no sólo celebrar un rito como el que realizó Jesús, sino además hacerlo con las *mismas disposiciones de Jesús*: amor, solidaridad, compromiso por la libertad del hombre. Esto es una invitación a valorar lo que significa la Eucaristía y a examinar cómo la celebramos y compartimos: Si Jesús se consagró a hacer la voluntad del Padre por amor, celebrar el memorial es consagrarse a hacer la voluntad del Padre por amor; si Jesús ama a sus hermanos, se siente solidario con ellos y da su vida por su liberación, celebrar el memorial es un serio compromiso de trabajar por la liberación de las esclavitudes que padece la humanidad; si Jesús da su vida para reunir todos los hombres en un solo cuerpo, celebrar el memorial es trabajar por la unidad de la Iglesia y la humanidad... La Eucaristía emplea como materia pan y vino, dos alimentos sustanciales del hombre, significando así que está llamada ser alimento. Pero sólo alimenta si se digiere personalmente lo que significa el memorial de Jesús. Se puede comer mucho sin que alimente.

En esta misma línea está la adoración a la Eucaristía, que es *prolongación de la celebración del memorial*. En ella se nos invita a unirnos con calma a Jesús y compartir sus sentimientos de adoración y acción de gracias al Padre y su intercesión y compromiso a favor de la humanidad. La Iglesia invita de manera especial a adorar la Eucaristía hoy como una ocasión para agradecer el memorial y profundizar en lo que significa.

Hoy también recuerda la Iglesia el sacerdocio ministerial, instituido por Jesús al servicio de la Eucaristía, que es su tarea fundamental, pues toda su actividad se reduce a *anunciar la palabra* de Dios al pueblo para que se una al sacrificio existencial de Cristo, *celebrar el memorial* del sacrificio, uniéndose a él junto con el pueblo, y *ayudar* a éste en la vivencia diaria de este sacrificio.

CRUZ GLORIOSA

Meditación para el Viernes Santo

Primera lectura: Isaías 52,13-53.12

Salmo responsorial: Salmo 30

Segunda lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Evangelio: Jn 18,-1-19,42

Las lecturas de esta celebración están centradas en la pasión de Jesús: la primera es el cuarto poema del Siervo de Yahvé, el más desarrollado, donde se le presenta como cordero inocente, representante de la humanidad, en cuyo favor sufre y muere. La carta a los Hebreos ofrece un comentario profundo de la muerte de Jesús y de sus consecuencias: muere anhelando la plenitud de la vida y la consigue para él y para nosotros. Ahora el Señor resucitado nos *comprende*, pues, aunque no puede sufrir, tiene la experiencia de lo que es una existencia humana amando y sirviendo a los demás. Finalmente la pasión según san Juan es el relato más sublimado de la pasión de Jesús, en el que la presenta como el camino regio de un rey hacia su trono. Jesús aparece consciente, libre y dueño de su destino y de los acontecimientos: cuando lo van a detener se revela como *Yo soy* (nombre divino), da permiso para que lo detengan y ordena que dejen en libertad a sus discípulos. En la escena ante Anás se comporta con plena dignidad y libertad.

En el diálogo con Pilatos no se sabe quién es el juez y quién el reo, pues Jesús está en el centro de la escena junto a Pilato. Estos diálogos culminan en dos grandes revelaciones: *he aquí el hombre*, es decir, hasta donde es capaz de llegar el Hijo de Dios encarnado por amor a los hombres, y *he aquí vuestro rey*, es decir, Jesús es verdaderamente rey pero en su total entrega y humillación. En la cruz Jesús aparece con su título de rey de los judíos en todas las lenguas conocidas, presentándose así a todo el mundo; hasta el último momento vive cuidadoso de cumplir la voluntad del Padre hasta en los últimos detalles. Y finalmente, a la hora de morir, lo hace libremente: San Juan lo subraya escribiendo *e inclinando la cabeza, entregó el espíritu*.

ANTONIO RODRÍGUEZ CARMONA

Temas para los próximos números

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones: (vicariopastoral@diocesisalmeria.es) o (maikaps73@gmail.com)

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Año 2014 Julio – Septiembre n. 182
NUNCA AMAREMOS SUFICIENTEMENTE
“Jesús le miró y le amó” (Mc 10,21)

NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en la edición digital que los interesados pueden consultar a unos meses de la publicación de la edición en papel. A éstos también hacemos una llamada a la colaboración económica.

La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma.

UN LIBRO... UN AMIGO



AUTOR: Madeleine Delbrel
TÍTULO: La alegría de creer
EDITORIAL: Sal Terrae
FECHA DE EDICIÓN: 1977
LUGAR: Santander (España)
FORMATO: 239,9 x 176,6 mm 248 pp.

Madeleine Delbrêl, mística cristiana francesa, asistente social, ensayista y poetisa, nació el 24 de octubre de 1904 en Mussidan en Dordogne en el seno de una familia indiferente a la religión. Se convierte al cristianismo a la edad de 20 años.

Trabajó como asistente social en la barriada obrera del extrarradio parisino Ivry-sur-Seine, que tenía autoridades municipales comunistas. Se enfrentó tanto con el ateísmo marxista, como con las precarias condiciones de vida de la clase trabajadora francesa. A lo largo de su vida, nunca dejó de anunciar, y vivir, el Evangelio, la mayoría de las veces a contracorriente.

Sus escritos manifiestan una intensa vida de fe y oración. Es considerada por muchos como una de las santas cristianas más emblemáticas del siglo XX. Murió el 13 de octubre de 1964. Está introducida en Roma su causa de beatificación.

La alegría de creer reúne sobre todo meditaciones sobre los caminos del amor a través de la soledad, el sufrimiento, la sencillez, la oración y la fidelidad al Evangelio y a la Iglesia. La originalidad de Madeleine Delbrel consiste en haber repetido, con dulce insistencia, que los hijos de Dios están, hoy como siempre, llamados a salvar al mundo con su compromiso eficaz en nombre de Jesucristo. Estas páginas, escritas entre 1935 y 1964, reflejan una vida que supo conjugar fidelidad y creatividad, realismo sobre la vida y sobre la historia y adhesión al Evangelio.

Dedica la autora un magnífico segundo capítulo a Carlos de Foucauld presentando su vida en acertada síntesis precedida por las palabras que citamos: "Quien no toma en sus manos el librito del Evangelio con la resolución de un hombre con una sola esperanza no puede ni descifrarlo ni recibir su mensaje" (*Nous autres, gens des rûes*, p. 79).

MARÍA DEL CARMEN PICÓN.

FRATERNIDADES DEL HERMANO CARLOS DE JESÚS EN ESPAÑA

REDACCIÓN BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: redaccion@carlosdefoucauld.es

ADMINISTRACIÓN DEL BOLETÍN IESUS CARITAS

c.e: administración@carlosdefoucauld.es

ASOCIACIÓN C. FAMILIA DE FOUCAULD EN ESPAÑA

c.e: asociación@carlosdefoucauld.es

WEBMASTER PÁGINA WEB

c.e: webmaster@carlosdefoucauld.es

COMISIÓN DE DIFUSIÓN

c.e: difusion@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

c.e: fraternidadsecular@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

c.e: fraternidadcarlosdefoucauld@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

c.e: fraternidadiesuscaritas@carlosdefoucauld.es

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

c.e: fraternidadsacerdotal@carlosdefoucauld.es

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles)

c.e: comunidaddejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DE JESÚS

c.e: hermanosdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE JESÚS

c.e: hermanitasdejesus@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

c.e: hermanitasdelsagradorazon@carlosdefoucauld.es

HERMANOS DEL EVANGELIO

c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

UNIÓN-SODALICIO CARLOS DE FOUCAULD

(Para vivir el carisma en solitario)

c.e: union@carlosdefoucauld.es

HERMANITAS DE NAZARET

c.e: hermanitasdenazaret@carlosdefoucauld.es